

M. MARKUSEN

Aguacates en el BINKER



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Primera edición 2022

© M. Markusen, 2022

Instagram @marcmarkusenescritor

www.mmarkusen.com

Imagen de portada extraída de la base de datos de Canva.com

SafeCreative 2586325471205 Todos los derechos reservados.

LA ENTRADA

Terminas acostumbrándote a todo. Te acostumbras al aroma de la muerte, te acostumbras al silencio y te acostumbras a la hambruna. En pocas palabras, te acostumbras a sobrevivir. Estar alerta en cada momento de tu vida se convierte en algo tan instintivo como la respiración. El mundo toma sus propias decisiones, a pesar de las tuyas, y la única solución es... ¿Puedes disculparme un momento? Tengo que dejar de hablarte porque mi amigo Frank está tirando de su entropierna otra vez y perdí la noción de lo que te estaba diciendo.

—¡Por Dios, Frank! ¿Podrías dejar, solo por un minuto, de estirarte la polla? —le ruego—. Necesito concentrarme para arreglar este cacharro.

Sentada en el suelo, toqueteo una vieja cámara de vídeo digital de principios de siglo con una pantalla diminuta de unas tres pulgadas, pero con un gran micrófono encima. Es muy ligera y no debe pesar más de un kilo.

Aprieto un diminuto botón rojo que tiene en la parte posterior.

¡Oh, se ha encendido!

El logotipo del fabricante hace su presentación dando un giro como una bailarina de danza artística y me envía al menú. La batería está cargada y, teniendo en cuenta la antigüedad del aparato, creo que durará días.

Trasteo el menú. Aparte de grabar y hacer fotos, no tiene ninguna función especial, pero es de alta definición y funciona correctamente.

—La culpa es del traje que me dio esta gente, Phoenix; queda demasiado ajustado. Necesito uno más grande.

Me llamo Asiya Portillo y soy de aquí, de Valencia, pero Frank siempre me ha llamado Phoenix. No fue el primero al que se le ocurrió este apodo, se le pegó de una persona muy importante en mi vida con la que se cruzó una vez.

—No me llames así, por favor —le pido—. Cada vez que lo haces

me trae recuerdos.

—¡No me digas que no te gusta Phoenix! Me parece un apodo con mucha clase, además, es más fácil de pronunciar que Asiya; tu nombre obliga a silbar sin querer. Asiya, Asiya... —Efectivamente, suena un silbido—. ¿Ves? Phoenix es más bonito. ¿Por qué te molesta?

—Es personal, Frank. No me disgusta, es solo que me trae recuerdos. Me has llamado así durante cinco años y sigo sin acostumbrarme. —Recapacito—. ¿Sabes qué? Da igual. Llámame Phoenix si quieres. No me hagas caso.

Agarra su pantalón por la entrepierna y lo estira hacia fuera para que no apriete sus testículos y su pene respire un poco. El traje es estrecho, pero no le queda mal, aunque dudo que la ropa le siga quedando bien dentro de un tiempo. En estos cinco años Frank pasó de estar en plena forma a perder masa muscular a un ritmo preocupante. Continúa siendo atractivo, con los dientes blancos alineados al milímetro, los ojos oscuros y profundos, y el pelo negro bien peinado hacia atrás, pero cuidarse en el fin del mundo no es una tarea fácil ni prioritaria, y estoy convencida de que el desgaste continuo de la supervivencia hará estragos en su constitución perfecta, siempre y cuando siga con vida.

Interrumpo la configuración de la vieja cámara de vídeo en esta sala de espera mugrienta y que apesta a carne putrefacta. Me parece que nadie ha hecho una puesta a punto en esta zona en años.

A mi alrededor descansan varios animales muertos, como perros, gatos o ratas, algunos sin ojos y llenos de gusanos que se nutren de sus restos. Aunque la biología no es mi fuerte, supongo que son ellos los culpables de esta peste insoportable.

Tras nosotros hay una puerta pequeña de metal con un candado simple. Está oxidada y pintada con los colores amarillo y marrón del exterior para permanecer oculta. Para llegar hasta aquí, Frank y yo tuvimos que atravesar un sendero estrecho y difícil de encontrar, escondido en el paso de una montaña. Dos habitantes de este lugar, con ropa mugrienta, un poncho desgastado y una máscara de gas, nos cazaron mientras atravesábamos dicho paso. Supongo que tenían esta pinta por una de estas dos razones; para tener una apariencia más amenazadora o para ocultar su grotesco aspecto. Me daría igual lo segundo si

fueran buenas personas.

Hay un esqueleto vestidito de chef y sentado en un rincón, mirándonos sin sus ojos. Apenas le queda piel en sus manos y su uniforme se ha vuelto amarillo por el paso de los años. A ciertas manchas, que en mi opinión son de sangre seca, les ha salido moho. Su mandíbula está justo entre sus piernas, como un pene huesudo y curvado. Debió separarse de su cráneo y salió directa hacia el suelo al llegar a cierto punto de descomposición. El uniforme le queda enorme y eso me hace sospechar que, bajo él, solo quedan un montón de huesos.

Delante de nosotros, una gran puerta de dos metros de alto por dos de ancho espera, de color gris oscuro y con engranajes a sus lados.

Me pongo de pie y Frank, para variar, se queja de la presión que ejerce el pantalón en su miembro.

—¡Pantalón de mierda! —protesta.

—¿Quieres que vayamos al centro comercial a comprarte uno nuevo? —pregunto con sarcasmo—. ¡¿El puto centro comercial que fue destruido, hace cinco jodidos años, por un pepino nuclear?! ¿Te daría tiempo de cambiarte antes de morir por la radiación? —Vuelvo a centrarme en la cámara—. No te quejes tanto, Frank. Te han dado un traje elegante, sin embargo, yo sigo con la ropa desgarrada y sucia.

—No estás tan mal, tu ropa la encontramos hace dos meses en una oficina. Deportivas rojas del siglo pasado, vaqueros rasgados, camiseta cómoda y chaqueta de piel negra y elegante. ¡Incluso encontré aquel cajón lleno de esos sujetadores deportivos tan cómodos! —recuerda Frank.

Sacudo mi ropa con mis manos. Reconozco que fue un milagro encontrar ese armario rebosante de todo. Frank y yo nos fuimos con lo puesto de ese lugar; en el fin del mundo no es imprescindible oler bien para sobrevivir, por eso dejamos la mochila libre de mudas y con espacio para comida, armas, medicamentos y utensilios, en ese orden de prioridad.

—Hace cinco años que no sujetas una cámara, ¿verdad? —me recuerda Frank con nostalgia.

—Sí, es cierto; desde antes de que todo se perdiese.

Apenas había terminado mis estudios y mi carrera se interrumpió por culpa del fin del mundo.

Frank sonríe y se estira levantando los brazos.

—¡Nos han dado una oportunidad para revivir el pasado! ¡Prepárate, Phoenix! ¡Juntos haremos que la televisión resurja de nuevo y el mundo se deleite con mis noticias y mi peinado perfecto! ¡Mira, qué casualidad! Será como resurgir entre las cenizas, como tu apodo indica, Phoenix. Quizá sea una señal del destino.

Aprieto mi tabique nasal con el dedo pulgar y el índice haciendo pinza, avergonzada.

—S , Frank. Ha sido una señal de la fuerza —me burlo con sarcasmo—. La televisión no existe desde hace años, ¡ya no eres periodista, t o! Esto que nos han ordenado, amigo mío, es una grandísima putada. —Bajo el tono—. ¿Sabes lo que harán con nosotros cuando terminemos de grabar su documental de mierda? ¿Nunca escuchaste los rumores que circulan sobre este lugar? ¿Qué crees que les pasa aquí dentro a los intrusos?

Mis preguntas no pillan a Frank desprevenido y apenas cambia su expresión. ¡Claro que ha escuchado los rumores! Todo el mundo los ha escuchado. En algunos asentamientos se cuentan historias sobre este sector y aquellos que desaparecen, pero este es su momento de gloria y no lo desperdiciar . Hace años que sueña con volver a ser un periodista en auge, la nueva estrella de la televisión, aunque paradójicamente la televisión estaba muriendo poco a poco durante la última década, pisoteada por las retransmisiones en directo en Internet y los servicios de streaming.

—Solo son rumores, Phoenix. Todavía no conocemos a estas personas. No seas prejuiciosa. Solo hemos visto a los dos que nos capturaron y nos obligaron a grabar este documental con la cámara que nos dieron. ¿Y si resultamos estar equivocados y no son caníbales o depravados que nos quieren utilizar como esclavos sexuales?

—En ninguno de los asentamientos del este escuch , jamás, un rumor sobre esclavitud sexual en búnkeres. Dudo que tengas esa suerte, Frank. S  por qué lo dices, y te diría que tienes un problema en tu cota y necesitas terapia, pero es improbable que algún psicólogo siga con vida o con ganas de atenderte gratis.

—Ten en cuenta que solo tengo treinta y cinco años, Phoenix, y llevo sin sentir el calor de una mujer desde que empezó el fin del

mundo hace un lustro.

Alguien golpea tres veces el gran portón desde el otro lado; es la señal para prepararnos. Ajusto la correa de la cámara en mi mano izquierda, apunto con la diminuta pantalla digital y empiezo a grabar. Sí, soy zurda. Frank coloca bien su traje, ajusta su corbata y tira de nuevo de su entrepierna, nervioso.

—Esto terminará mal, Frank. Los tíos que nos secuestraron no tenían pinta de ser muy amables —opino en voz baja—. Al menos prométeme que no pensarás con la polla; debemos encontrar la forma de escapar de este sitio mugriento y te necesito con la mente despejada.

La gran puerta se abre despacio con un estruendoso crujido. Un sistema de engranajes emite un eco ensordecedor y repetitivo, como las campanas de una iglesia. Al finalizar su desplazamiento, una intensa bruma envuelve toda la entrada y se disuelve poco a poco.

—Está bien, te lo prometo —jura Frank.

—Te tomo la palabra. Nada de pensar en sexo —recalco, examinando quién es la persona que se acerca a recibimos—. ¿Me pregunto qué clase de engendro se aproxima?

Cuanto más horrible sea, mucho mejor, así se regulará la libido de mi amigo.

Según se disipa la niebla, aparece una figura femenina que se acerca contoneándose. Pelo oscuro, liso, largo y brillante; ojos ligeramente rasgados; piel clara; labios carnosos y pintados de rojo carmesí; torso con un traje elegante de chaqueta ajustada gris y camisa interior blanca con varios botones desabrochados en su escote que ofrecen un abultado menú completo muy apetecible; cintura con falda ajustada y corta, del mismo color que la chaqueta, que debe esconder en su parte trasera un juguete antiestrés adictivo; piernas esbeltas, cubiertas con medias oscuras con una línea negra vertical que recorre sus fuertes muslos y desciende por sus gemelos acentuados; tacones negros y altos, con un pie frente al otro, imponiendo seguridad. Destaca su forma física; sin ser excesiva, lo tiene todo repartido donde debe tenerlo. Es una atractiva mujer con un traje caro, elegante y corto, similar al de una empresaria o una directora de escuela privada. Abre los brazos y nos muestra una orgullosa sonrisa con dientes blancos y relucientes. No he visto nada igual en todos estos años en el yermo exterior.

—¡Bienvenidos al búnker de Los Aguacates, amigos míos! —nos recibe con un cálido saludo.

—Joder... Acabo de romper mi promesa, Phoenix —me susurra Frank.

Un hormigueo recorre mi columna vertebral. Creo que yo tampoco habría cumplido una promesa de celibato mental. Muerdo mis labios y devoro a esta mujer en mi cabeza, trozo a trozo de carne, saboreando su suave piel con mi lengua húmeda entre un mar de gritos lascivos. Cruzo un poco mis piernas porque siento que algo se activa, humedece y calienta, junto a una sensación placentera que pensé haber olvidado. Me quedo pasmada. No sé qué decir a esta belleza, como cuando conocí a mi cantante favorita en persona durante mi adolescencia.

—Ho... Hola —tartamudeo.

Me regala un guiño de ojo.

—Os estábamos esperando. Me llamo Pilar López, aunque podéis llamarme presidenta y una de Los Aguacates de este refugio.

—¿Los Aguacates? —pregunto.

—Así nos llamamos los miembros originales de este búnker. Somos nueve.

La mujer mira a Frank sin perder su gran sonrisa y este no pronuncia ni una palabra. Pasamos un minuto de tenso silencio.

Habla, joder. ¡Di algo, capullo! ¿No eras periodista?

Bajo la cámara y me acerco a la espalda de mi compañero.

—¡Ey, Frank! —Le golpeo con el codo con suavidad—. Espabila, tío —le digo. Levanta un brazo y acerca su manga a sus ojos, frotándolos y sollozando como un niño pequeño que acaba de ver morir a su perro—. No me jodas, Frank. ¿Estás llorando? ¿En serio estás llorando? ¡¿Estás de puta coña?!

—Es que llevo mucho tiempo sin hacer una entrevista, Phoenix —lloriquea—. ¡Eres una insensible!

Me agacho y agarro un panfleto de propaganda de antes de la guerra. “¡Electrodomésticos en oferta para nuestro veinticinco aniversario!” Recuerdo esta tienda, con sus letras blancas grandes y su fondo rojo, y también recuerdo cómo su veinticinco aniversario, con grandes descuentos, se repetía mes a mes, año tras año, sin que nadie se diera cuenta. Es similar a un truco que hacían las editoriales. Consistía en

colocar libros nuevos en las estanterías de los más vendidos. Supongo que no siempre se trata de ser el mejor y el secreto está en hacer creer al público que eres el mejor.

Le doy el panfleto a Frank, que lo utiliza como pañuelo, gimoteando con pequeños sofocos.

—¿Te encuentras bien, chaval? —pregunta Pilar, riendo por lo bajo.

Me parece que ver a un hombre con esta masa muscular, llorando como un niño y con un traje tan ceñido, le ha hecho gracia. Yo también río un poco, no lo puedo evitar. Lo sé, soy un monstruo.

Frank toma aire y lo suelta.

—Sí, mucho mejor. Gracias, Pilar —agradece Frank.

—Fui yo la que te dio el panfleto que usaste como pañuelo, ¿recuerdas, amigo? —interrumpo—. De nada.

Frank niega con la cabeza para corregirme.

—No es eso. Doy las gracias a Pilar por darme la oportunidad de hacer de nuevo lo que más amo.

—Hacer el qué, ¿lloriquear? —pregunto.

—¡No, Phoenix! Hacer televisión.

A veces me burlo de él, pero me guste o no, forma parte de mi camino. Cuando las bombas llegaron solo nos teníamos el uno al otro, y aprendimos a sobrevivir juntos. Él me salvó a mí y yo le salvé a él muchas veces durante estos cinco años.

—Bien —dice Pilar—. ¿Empezamos de una vez? Seguidme, por favor.

Frank carraspea y yo apunto con la cámara de nuevo.

Pilar da unos pasos de espaldas y se gira sin perder su orgullosa sonrisa. La seguimos y atravesamos la gran puerta, tras la que se encuentra un pasillo ancho con las paredes llenas de tuberías de metal. Sus zapatos de tacón hacen un eco que se extiende por el pasadizo, tras la gran puerta, mientras avanzamos despacio. Frank va a mi lado. Cerca, a unos cinco metros, hay otra gran puerta con engranajes.

Mis ojos no pueden evitar conectar con la línea de sus medias y con el espectacular contoneo de su redondeado, tentador y apetecible...

—Joder, qué culo tiene —susurra Frank.

Lo admito, yo pensaba lo mismo.

El pasillo intensifica las palabras de mi colega. Pilar gira la cabeza,

mira a Frank, vuelve su orgullosa sonrisa, abre un poco su camisa, cambia a mí, y vuelve a mirar al frente. No dice nada. Lo ha escuchado y me parece que se ha sentido halagada. Frank se ruboriza un poco al saber que ha sido cazado.

Pilar llega a la segunda puerta y se acerca a un panel táctil que hay a la derecha e introduce un código. La segunda puerta hace lo mismo que la primera.

Creo que Pilar podría ser mi salvavidas para terminar con la racha de masturbación de Frank y que se relaje de una vez, suponiendo que en este lugar no nos asesinen y se coman nuestros cadáveres, que es lo más probable que ocurra.

Mi compañero está desesperado por tener sexo. Lo intentó conmigo al poco de conocernos, pero le dejé claro que no es mi tipo, ni él ni ningún otro Frank del mundo. Somos compinches del apocalipsis, nada más. Le dejé caer que, si tenía una hermana o madre atractiva, sí estaría interesada. Cazó la indirecta a la primera.

¿Cómo nos conocimos? Fue el día en que llegó el silencio. Yo era una joven de veinte años con la carrera de audiovisuales fresca y él un periodista en ciernes, con cientos de miles de seguidores en las redes sociales, y con un posible gran futuro. Tenía su minuto de gloria, tres veces por semana, en un programa acerca de pequeños negocios. Hacía entrevistas a mecánicos, panaderos, carniceros y gente normal. Estos programas estaban de moda antes del fin del mundo. Los veías y te hacían pensar que, quizá, no estabas tan mal con tu vida de mierda después de todo.

Los engranajes giran y la segunda gran puerta se abre. Pilar se queda de espaldas a nosotros.

—Quiero hacer una gran presentación. Enfoca bien con la cámara... ¿Cómo te llamabas, chica?

—Llámame Phoenix.

—¡Guau! —exclama—. Tienes un gran nombre. ¿Te lo pusieron porque renaces de tus cenizas o porque eres pelirroja y te tintaste el pelo de negro?

—No es mi nombre, es solo un... ¿Cómo podría tintarme el pelo tras la guerra?

No alcanzo a terminar la frase; la gran puerta se abre del todo y

tengo que centrarme en mi nuevo trabajo. Es un búnker, otro maldito búnker de mierda. ¿Qué puede haber aquí que nos impresione? He visto decenas y todos son iguales; ratas mutantes gigantes que chillan y te intentan morder, basura mugrienta amontonada y pudriéndose por todas partes, peste horrible a humedad y, en ocasiones, a cadáveres hinchados, con la carne seca y putrefactos, con expresión de vacío por la inanición o de miedo al haber sido asesinados por otros supervivientes para robarles comida, armas, o quién sabe qué.

Con el pasar de los años aprendí que, cuando exploras y buscas suministros, hay dos tipos de búnkeres. Primero están los vacíos, como el que acabo de describir, en su mayoría saqueados. En ellos, si tienes suerte, puedes encontrar alguna lata de comida y agua embotellada porque los saqueadores se han matado entre ellos por un trozo de carne de rata. Después están aquellos por los que ves entrar y salir gente armada, siempre armada. A esos es mejor no acercarse. Nunca sabes cuántas personas puede haber dentro, ni cuáles son sus intenciones o su dieta. Con los años aprendes que el hambre puede transformar a cualquier santo en el peor hijo de puta del mundo.

¿Qué hacemos Frank y yo en este lugar? Creímos que estaba vacío y poco o nada saqueado al estar tan oculto, pero no podíamos estar más equivocados. Nos acercamos demasiado y nos capturaron. Los tipos que nos apresaron reconocieron a Frank y se les ocurrió esta estúpida idea de grabar un documental para, según dijeron, las futuras generaciones. ¿Qué futuras generaciones? Con la radiación de las bombas apostaría mis brazos a que todos somos estériles.

Pensé que los habitantes de este búnker serían grotescos y salvajes, pero Pilar es lo contrario, y eso me confunde.

Ella cruza el marco de la gran puerta.

—¡Bienvenidos a nuestro refugio de Los Aguacates! —presenta, sonriente.

Puedo ver el interior de... ¡¿Pero qué cojones?!

2

ZONA COMÚN

—¡Es enorme! —grito.

Frank estira, otra vez, el pantalón por su entrepierna y sus ojos no apuntan al lugar que se nos presenta.

—¡Gracias, Phoenix! Parte del mérito lo tiene este pantalón tan ajustado.

—¡No me refería a tu ciruelo, idiota! Levanta la cabeza, Frank, y mira este lugar.

Lo hace y casi se salen sus ojos al ver lo mismo que yo.

Estamos en una gran sala de más de... ¿Cien?, ¿doscientos metros cuadrados? No sabría dar las medidas exactas; es grande de narices. Mucha gente cruza de aquí para allá, ajenos a nosotros, con ropa de calidad, moderna y limpia. ¿De dónde coño la han sacado? Hay mujeres, hombres, adolescentes y algunos niños nacidos antes del fin; todos sonríen y parecen felices. No vi a una familia sonriendo desde el día del silencio. Alrededor de una decena de ellos lleva puesto un mono azul claro con líneas amarillas de cuerpo entero, ajustado y de manga larga. Todos van uniformados igual.

La estructura del recinto está hecha de metal, lleno de tuberías y rejillas de ventilación. El sonido de los pasos de los habitantes se suaviza con... ¿He perdido el juicio y lo que escucho es música clásica de ambiente? Sí, un violín con un piano, como la banda sonora de un ascensor, suena suave y sugerente.

Unas escaleras dan acceso a una primera planta; no hay una segunda. No son automáticas, como es lógico, para ahorrar energía. Hay ventanas ovaladas y semitransparentes donde se ve la silueta de gente charlando y riendo, y puertas que se abren solas cuando alguien se acerca.

¡Nunca vi un búnker con tanta vida! Me quedo maravillada.

En el centro hay un gran sofá de tres plazas, negro y de piel brillante, y en el lado opuesto reposan dos sillones rojos, separados por

medio metro, con pinta de ser cómodos.

Pilar se deja caer sobre el sofá, extiende los brazos, se acomoda y cruza sus hermosas piernas. Emite un sonido seductor al frotar sus medias con suavidad. Levanta un brazo, ofreciéndonos asiento con cortesía. Frank y yo nos acomodamos cada uno en un sillón; mi culo no sintió nada tan reconfortante en años.

No dejo de grabar en ningún momento.

—¿Empezamos? —pregunta Pilar.

Frank estira su torso y se acerca a mi oído.

—Ojalá me haga esa pregunta en otro contexto —me susurra—. ¿Has visto qué piernas tan espectaculares tiene?

—Frank, por el amor de Dios, céntrate. Tenemos trabajo —me quejo—. Además, si consigues hacer algo con ella, no será gracias a ti. Reconócelo, lo que tienes de guapo, lo tienes de seco y aburrido.

—¿Tienes algún problema conmigo, Phoenix?

—Me caes bien y moriría por ti, pero me pareces un idiota. ¿No te habías dado cuenta en estos cinco años, Frank?

—Algo he notado, sí. Opino lo mismo de ti.

—Me parece justo, y ahora a trabajar.

Frank sigue mirándome. Pero, ¿qué se supone que hace? Pilar espera y mueve un pie; creo que empieza a impacientarse.

—¿Por qué me miras así? —pregunto a Frank, susurrando.

—Estoy bloqueado y no consigo hacer la entrevista. Hace tanto que no veo a una mujer como Pilar..., con una mirada tan autoritaria, medias negras, minifalda y tacones... Olvidé que tenía un fetiche con las maestras. —Él separa un poco sus piernas y me muestra un volcán a punto de explotar—. Mira, Phoenix. La tengo así desde que la vi caminando de espaldas.

Creo que vomitaré.

—¡Joder, Frank! —grito en voz baja. Su cremallera está a punto de ser derrotada—. Mira, haremos una cosa para ver si te relajas un poco. ¿Recuerdas aquella casa, en Benimaclet, donde buscamos suministros? ¿Aquella en la que, mientras buscabas provisiones debajo de una cama en un dormitorio de la primera planta, se abrió un armario a tu espalda y sobre ti cayó una anciana muerta, con la piel podrida y la cabeza abierta? ¿Recuerdas cómo se abrió su estómago y se desparramaron

las vísceras sobre tu cabeza, todavía calientes? Me dijiste que te impresionó notar los huesos de su columna vertebral tocando tu frente.

Pone cara de asco, y es normal. Yo vomité por la peste, y eso que estaba en la planta baja.

—Recuerdo a esa anciana, Phoenix, y también el calor de sus entrañas. —Frank cierra los ojos y respira—. Fue algo nauseabundo y traumático.

—Bien, pues déjala rondando sobre tu cabeza hasta que se esfumen las ganas de follarte a este pibonazo —sugiero.

—Dudo que eso ocurra, amiga. Han pasado cinco años y cada vez me cuesta más contener mis instintos.

—Hazlo por mí; relájate un poco. Al menos mientras grabemos este ridículo documental de mierda que nos pidieron.

—Qué cosa más rara, ¿no, Phoenix? Un documental.

Me acostumbré a ver cuerpos mutilados, quemados o podridos tras el día del silencio, pero todavía soy sensible al olor. Tras cinco años, la mayoría de los muertos no son más que un montón de huesos, pero alguna vez encuentras uno reciente, hinchado y apestando a carne en descomposición. Sin embargo, ¿qué podemos hacer en este nuevo mundo, aparte de adaptarnos? Si quieres sobrevivir es indispensable aprender a buscar suministros. Agua, comida, medicina y armas, son lo esencial para no morir de hambre o a manos de otros supervivientes. No pienses que todos son monstruos asesinos en el yermo, algunos aceptarán un trueque a cambio de objeto útil o un alimento en buen estado. No intentes pagar con dinero, ya no sirve para nada. Por desgracia, otros supervivientes te matarían sin dudar por un simple vaso de agua potable, líquido más valioso que el oro hoy en día.

Frank y yo somos un buen equipo. Él es fuerte y yo inteligente; hemos sobrevivido así durante estos cinco años. Nos ofrecieron quedarnos en un asentamiento, en el este, la única zona más o menos segura que conocemos, pero entre sus residentes surgieron los primeros conflictos de poder, así que, por nuestra propia seguridad, preferimos ir por libre. Nunca hemos atravesado la zona del centro hacia el oeste, más allá del antiguo cauce del río Turia que divide la ciudad. Debes estar muy seguro de cuál es la situación del terreno nuevo al que quieres adentrarte. Jamás escuchamos rumores, ni buenos ni malos, de ese

sector, así que para nosotros no es más que un territorio fantasma. De ningún modo debes acercarte a los fantasmas, recuérdalo si no quieres jugártela y morir.

¿Qué pasó para tener que cuidar el uno del otro? Todavía recuerdo aquel día. Estábamos en un estudio de televisión, grabando una entrevista de Frank a un guaperas sin cerebro ni talento que utilizaba un ordenador para componer sus canciones. Imagina que yo hiciese lo mismo para ser escritora; tecleo una palabra y el ordenador redacta el resto, ¿mi éxito sería por mi talento o todo el mérito habría que dárselo al ordenador? En fin, cambio de tema, que me voy por las ramas. Ambos somos fumadores. Sí, aún encontramos tabaco de vez en cuando en alguna casa que exploramos, y es muy útil para relajarnos en estos días de muerte y desolación. Bajamos al sótano del edificio para fumar a escondidas, ya que era el único lugar donde no se daban cuenta. Desde que el gobierno aprobó las nuevas leyes contra el tabaco, más estrictas si cabe, dar una simple calada se convirtió en un delito penado con la pérdida de un riñón. No de manera literal, ya me entiendes, pero casi. El lugar estaba tres pisos bajo tierra, por debajo de dos plantas de aparcamiento subterráneo. Era una zona de almacenamiento, llena de trastos, la hostia de profunda. Cuando dimos la segunda calada, todo tembló y escuchamos una explosión tan intensa que nos desmayamos. Nos despertamos a los pocos segundos, cuando los cigarrillos terminaban de quemarse. Creímos que se trataba de un atentado en el edificio, pero lo que produjo el estruendoso y ensordecedor sonido fue algo muchísimo peor. Salimos por un túnel auxiliar y al alcanzar el exterior... Podría decirse que fue un atentado a nivel global. Los edificios ardían y se derrumbaban, los pocos supervivientes se arrastraban o se desplomaban mientras su piel se fundía, y en el horizonte, un gran champiñón de humo y llamas crecía bajo un cielo rojo. El mundo se había vuelto loco y llegado a su fin. En cierta medida no me extrañó; el ciclo dictador, guerra, paz, dictador y guerra se estaba repitiendo, una y otra vez, y solo hizo falta una diminuta chispa o un diminuto parásito de locura en la cabeza de uno de esos dictadores para que todo se fuese a la mierda en un instante, y así ocurrió.

Frank y yo nos teníamos el uno al otro en un mundo que empezaba

desde cero y se iba a quedar en esa cifra para siempre. Supimos adaptarnos bien; sin embargo, hace unos días cometimos el gran error de acercarnos demasiado al paso estrecho de la montaña. Los asentamientos cercanos lo llamaban “El Paso de los Comehuesos”. Nos advirtieron que nos mantuviésemos alejados, ya que nadie regresaba de este lugar. No hicimos ni puto caso y nos pasamos las recomendaciones por el culo.

¿Qué es un Comehuesos? Con lo avisado que eres lo habrás entendido a la primera, pero de todas formas lo explicaré, aunque no debería ser necesario.

Verás, cuando la situación internacional se tensó, hasta el punto de volverse insostenible, muchos invirtieron en un refugio antinuclear. Sonaban tambores de una posible catástrofe; algunos estaban convencidos de que llegaría tarde o temprano. Otros como yo, por el contrario, pensamos que era una estupidez sin sentido y un suicidio a nivel geográfico para el enemigo, ya que su propio país sería destruido también. El primero en lanzar una cabeza nuclear sabía que el resto de los países castigarían su esfínter del culo hasta dejarlo como el ojo de una paloma y a la vez sus aliados lanzarían otras cabezas nucleares sobre sus enemigos, creando un efecto en cadena apocalíptico. Uno de ellos, no se sabe con exactitud quién, apretó el maldito botón rojo. En realidad, no existe un botón rojo y para activar un arma nuclear es necesario seguir un conjunto de protocolos, órdenes y códigos. ¿Fue una estupidez hacerlo? Sí, obvio, pero el mundo estaba gobernado por imbéciles, y así terminó. ¿Cuál fue la causa del conflicto? No tengo ni puta idea de política, pero es probable que fuera por la misma mierda de siempre y que se repite, una y otra vez, como un ciclo de muerte incesante; combustible, territorio, influencia... ¡Yo qué sé!

¿De qué estábamos hablando? ¡Ah, sí, disculpa! ¡Los Comehuesos! Como decía, debido a esta tensión bélica existen muchos búnkeres, unos conocidos y otros ocultos, como el que estoy grabando ahora. Son lugares interesantes de explorar si te preparas como es debido, ya que, con suerte, puedes encontrar algunos suministros en buen estado u objetos valiosos. Algunos residentes murieron en sus búnkeres y, si te adentras, encuentras sus cadáveres en sus respectivos puestos de descanso eterno. Otros los abandonaron, comerciaron con lo que sacaron

de dentro, sobrevivieron y se adaptaron en asentamientos del yermo. Me gusta mucho escuchar las historias de los supervivientes de los búnkeres, pero sin dudarlo me quedo con las de los veteranos de guerra. A veces encuentras a alguien que estuvo en el frente, ¡esos sí que cuentan anécdotas interesantes de escuchar! Es muy probable que exageren sus relatos, pero no me importa.

Lo extraño es encontrar un búnker con habitantes u ocupas. Frank y yo, por el momento, no hemos encontrado ninguno sellado y habitado, pero se escuchan historias de saqueadores que fueron agredidos al acercarse a alguno de ellos, así que los marcamos en el mapa y no nos acercamos. Si te planteas la idea de utilizar un teléfono con mapa interactivo, debes recordar que los satélites, comunicaciones, y el mundo en general, se fueron a la mierda. Te toca buscar un mapa y marcar con un lápiz o bolígrafo los puntos clave como asentamientos, zonas peligrosas o áreas de suministro. Registrar los cadáveres frescos para comprobar si tienen un mapa es muy útil; puedes actualizar el tuyo con sus marcas. Intenta no perder ese mapa, puede salvarte la vida si te pierdes. No sirve de nada recordar cómo era la ciudad antes del día del silencio. Edificios y barrios enteros se esfumaron; por lo tanto, empiezas desde cero.

Por último están los búnkeres de los Comehuesos. Solo hemos visto uno y su puerta estaba a reventar de huesos humanos como advertencia, pero si lo que quieres es alimentarte de carne humana, ¿qué sentido tiene asustar a tu presa llenando tu puerta de cadáveres? Nadie se acercaría; no tiene lógica. Puede que tenga una explicación más razonable, por ejemplo, que no sean caníbales y solo intenten asustar a los curiosos. Por si acaso, lo mejor es alejarse de ese lugar.

¿Esta gente será Comehuesos también, como nos advirtieron en los asentamientos del este? Es más, ¿por qué llamar Comehuesos a los Comehuesos? Nadie come huesos, es absurdo. ¡Te quedarías sin dientes en cuestión de días! ¿No sería más correcto llamarlos Comecarne? En fin, solo espero que, si nos van a devorar, al menos sea rápido y sin dolor. Aunque el mundo se haya ido a la mierda, me acostumbré a él y todavía quiero vivir. No me apetece nada morir siendo alimento.

Tengo que volver a centrarme en Frank y calmar su pene erecto.

—¿Qué más da que quieran un documental? Debemos hacer lo que

nos pidan hasta que sepamos qué es lo que quieren hacer con nosotros.

Pilar interrumpe. Sigue sentada sobre el sofá, esperando.

—¿Algún problema? ¿Necesitáis algo para empezar la entrevista?

—¡No! Todo está en orden —dice Frank—. Vamos a empezar.

Carraspea.

Ajusto la cámara y apunto a Pilar.

—Cuando quieras, Frank —le digo.

—Bien, debo reconocer que este lugar es impresionante, igual que usted. ¿Podría presentarse? —pregunta Frank para dar un poco de picardía al montaje.

Eso es lo importante, que en el futuro sepan que nos gustaba ligar. Frank, eres gilipollas.

—Soy Pilar, presidenta electa de este gran refugio. —¿Electa? ¿Habla en serio?—. Nos hacemos llamar Los Aguacates. Así nos llamamos y así nos llaman los habitantes a los primeros que llegamos.

—Este búnker es conocido en el exterior por ser uno de los más misteriosos y complicados de localizar debido a su estrecha entrada a través de la montaña. Una vez dentro no parecen ustedes una comunidad muy aterradora ni comedores de carne, como se rumorea en los asentamientos del este —bromea Frank.

—¿Estás seguro de que no tengo intención de comerte? Me está apeteciendo morderte en el cuello, de momento, para empezar. Quizá dentro de un rato me entrarán ganas de morderte en otro lugar que te gustará más —seduce Pilar, hincando los dientes simulando un mordisco—. No pongas esto en el montaje final.

Me da la impresión de que se siente poderosa y le encanta.

Frank está rojo como la carne cruda de un filete de ternera. ¡Joder, me ha entrado hambre al imaginarme un filete recién preparado, con su salsa desparramándose! Hace cinco años que no veo ninguno, al menos en buen estado. Al principio del fin del mundo disfruté comiendo unos pocos trozos de carne que todavía quedaban en algunas casas en ruinas, con gusanos y cosas blancas. ¿Moho? Frank y yo la llamábamos “La Carne de la Fortuna”; con buena suerte la disfrutabas, y con mala te tocaba vomitar, o tener diarrea, o ambas cosas a la vez. Al que algo quiere, algo le cuesta, ¿no crees?

—¿Qué es este lugar? —pregunta Frank—. ¿Podrías contarnos

algo, Pilar?

Ella cambia de posición sus definidas piernas y las cruza.

¡No hagas eso, por el amor de Dios, que Frank se desconcentra!

—Hace más de cinco años, cuando apenas acababa de iniciarse la guerra, yo estaba metida en un foro opinando sobre el conflicto. Había usuarios de ambos bandos y, como es lógico, el foro se partió en dos. Algunos entraban, otros salían, y al final quedamos asentados los que nos llevábamos mejor. Decidimos crear un grupo privado, pero no dejamos de entrar en grupos del adversario para armar jaleo. A los que defendían al rival les amenazábamos con lanzarles aguacates, que como sabéis eran muy escasos en el país del enemigo y muy abundantes en el nuestro, por eso decidimos bautizar a nuestro grupo así, Los Aguacates, nombre con el cual bautizamos este refugio —explica Pilar—. Tras unos meses charlando, bromeando y riendo, Los Aguacates decidimos hacer una quedada aquí, en Valencia. Conseguimos una reserva en el restaurante del chef Óliver Salazar, uno de los más famosos del mundo.

—¿El chef Salazar? Sé de quién hablas. Con casi setenta años, casado y sin hijos, era uno de los cocineros más ricos del planeta —recuerda Frank, sorprendido.

—Debería serlo. Es un chef, es rico, porque si estuviese malo, ¿qué clase de chef sería? —bromeo.

Frank me lanza, avergonzado, rayos con los ojos. Vale, lo admito; ha sido un chiste de mierda.

—¿En serio, Phoenix? —se indigna—. ¿No tenías nada mejor? Para decir otra gilipollez así, mejor no abras la boca, por favor te lo pido.

—Perdón —me disculpo con la cabeza agachada.

—Exacto, Frank —confirma Pilar—. El chef Salazar era propietario de varias marcas de ropa, tiendas en línea, equipos de fútbol... De todo. Se acercó a nosotros mientras disfrutábamos de sus increíbles creaciones de sabor. Pensamos que quería presentarse y preguntarnos algo acerca de la cena, pero nos pidió, por favor, que le acompañáramos a una zona de la cocina. Parecía preocupado y algo alterado. Sudaba a chorros. Todos le seguimos, intrigados. Nos llevó a su despacho, se sentó en su ordenador y algo debió desbloquear, porque una pared con un acuario gigante se abrió y tras esta apareció una puerta

metálica gigante. Era un ascensor enorme. Al instante supimos que era de bajada porque el edificio solo tiene una planta. Descendimos en él hasta aquí, hasta el refugio.

—¿Entrasteis sin dudarlo? —pregunta Frank—. ¿No se os pasó por la cabeza la idea de que, quizá, quería haceros algo malo?

—¿Un viejo contra nueve personas? No me hagas reír, Frank —se burla Pilar.

—Podría haber sido miembro de una secta oscura. ¿Y si había avisado a sus compañeros para violaros, devoraros, o sacrificaros a Lucifer durante una grotesca orgía de sangre? —sugiero.

Pilar frunce el ceño.

—Me parece que tenéis un grave problema con los caníbales. Hace cinco años que no veo la luz del sol, pero dos amigos míos salen fuera a menudo y jamás han visto caníbales.

—Es algo común en episodios de escasez y supervivencia —explica Frank—. Aunque es cierto que lo hemos visto menos de lo que podríamos esperar en situaciones así, la verdad.

Pilar sonríe. Yo sigo grabando, como me pidieron.

—Te garantizo que aquí no hay escasez de ningún tipo —aclara Pilar, acomodándose sobre el sofá—. Como estaba diciendo, el ascensor descendió. Óliver Salazar era un hombre muy influyente y con contactos importantes. Recibió el chivatazo de que misiles nucleares habían salido de los silos del enemigo y se dirigían hacia aquí. No tenía tiempo de salvar a su esposa, y los únicos que estaban cerca éramos nosotros.

—¿Y los empleados del chef Salazar? —pregunto.

—La bomba impactó en la ciudad justo cuando llegamos abajo. Fue imposible subir por ellos y, aunque lo hubiésemos conseguido, estarían muertos por el fuego o poco faltaría por la radiación —explica Pilar.

—¿Os permitió esconderos con él en su búnker privado? —comento, confusa—. ¿Por qué salvaros a vosotros primero?

—¡Yo qué sé! Es posible que no se llevara bien con sus trabajadores —opina Pilar—. Para nosotros tampoco fue ningún camino de rosas. El hijo de puta nos dijo que necesitaba mano de obra para el mantenimiento y gestión de todas las secciones, y créeme, este lugar es más

grande de lo que mi mente es capaz de comprender. Es una ciudad.

—¿El chef Salazar está por aquí ahora? —pregunta Frank—. ¿Podemos saludarle? Es un hombre muy importante y sería para mí todo un honor poder conocerle en persona.

—¡Claro! Ya te has cruzado con él —dice Pilar.

—En este refugio solo vimos a los dos hombres que nos capturaron y nos encerraron, y a ti. ¿Era alguno de nuestros captores? —pregunto.

—No, ni mucho menos. Estaba fuera, con vosotros, en la sala donde os preparasteis.

—Eso no puede ser. En esa sala solo había ratas y un... —recuerda Frank, quedando paralizado—. No es posible...

Pilar sonrío con milicia.

No puede ser...

—Sí, es muy posible —confirma ella, con total serenidad y sinceridad—. Cuando el chef Salazar nos llevó al sistema de almacenamiento de armas, repitió que éramos sus empleados, no sus compañeros ni amigos. Marc, uno de Los Aguacates que conoceréis en breve, le pegó un tiro en la cabeza tras dos meses de martirio.

Frank y yo reímos. ¡Esta mujer tiene un humor muy macabro!

—Ahora en serio, ¿el chef Salazar murió de un paro cardíaco o algo así? —pregunta Frank.

Pilar se inclina un poco hacia delante y no pronuncia ni una sola palabra durante unos pocos segundos, mirando nuestras pupilas, inexpresiva.

—Acabo de contarte que Marc, uno de los nueve Aguacates, un miembro del grupo que solo estuvo dos años en el ejército, pero en ese momento el gilipollas creyó que era una especie de Rambo, apuntó a la cabeza del chef Salazar y se lo cargó. —Pilar vuelve a su posición original, con brazos extendidos y piernas esculturales cruzadas—. Todos le apoyamos; nos había quitado un peso de encima. El chef cabronazo quería que fuéramos sus esclavos. Incluso amenazó con restringir el acceso a la comida si no hacíamos lo que él nos pedía.

—¿Esto lo saben todos los que están aquí? —pregunta Frank, señalando a los extraños que pasean, unos con ropa normal y otros con el uniforme azul con líneas amarillas.

—¡Claro que lo saben todos! —se extraña Pilar—. Era un viejo de

mierda, inútil y explotador. Al menos su cadáver servirá para asustar a los curiosos. ¿Os asustó a vosotros?

—No, la verdad. Estamos acostumbrados a ver cadáveres, y algunos muy recientes —comento—. Varios incluso tenían espasmos post mortem, o al menos espero que fueran espasmos post mortem, porque solo faltarían zombis para rematar el apocalipsis.

—No lo digas en voz alta, Phoenix —sugiere Frank—. Visto lo visto..., cualquier cosa podría pasar.

—Vaya... —se sorprende Pilar—. Creímos que un cadáver en la entrada asustaría a los intrusos.

—Si queríais asustar a los intrusos, deberíais haber colocado el cuerpo empalado fuera.

Les hago esta sugerencia porque es algo que he visto fuera.

—No es mala idea —apunta Pilar—. Ahora es tarde para aplicarla, el cuerpo del chef está demasiado descompuesto. Mejor lo dejamos donde está.

Lanzo la pregunta.

—¿No sentís, los primeros que llegasteis, algún tipo de...?

—Los Aguacates, por favor —recuerda Pilar.

—¿No sentís, Los Aguacates, algún tipo de remordimiento por matar al chef Salazar?

—¡No! ¡Qué le follen! —apura a responder—. Salazar quería gobernar este refugio con mano de hierro. Le propusimos instaurar un sistema democrático, pero se opuso. Quería vivir en un palacio privado, y no se lo podíamos permitir. Espero que ese cabrón arda en lo más profundo del infierno, para siempre.

—¿Habéis pensado en las consecuencias legales por asesinato? Los Aguacates deberíais tener mucho cuidado con lo que contáis —opina Frank.

—¿Qué nos podría pasar por contar la verdad? ¿Crees que nos llevarían a juicio? —se burla Pilar—. Claro, los juzgados están saturados de trabajo en estos tiempos. Estamos a la espera de un señor, con traje de juez, para que venga a encerrarnos.

—Toga —corrige Frank—. El uniforme de un juez se llama toga.

—¡Gracias, listillo! Puedes ponerte, si te hace ilusión, una toga de mierda, declararnos culpables de asesinato a mí y a mis compañeros,

y después irte a tomar por culo —se enfada Pilar—. Ya no existe la ley, solo la supervivencia.

Creo que mi compañero acaba de sacrificar puntos de posible sexo con esta mujer.

—¿Por qué estaba el cadáver del chef vestido de chef? Si estaba en su búnker, ¿qué necesidad tenía de ir con esa ropa? —pregunto.

—Ese día quería cocinar él —explica Pilar—. Lo único malo de haberlo matado es que no volveremos a probar sus recetas. Eran brutales, las cosas como son.

—Lo describes como un opresor, pero quería cocinar él.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra, Phoenix?

—Tengo una pregunta. —Algo inquieta a Frank—. Acabas de contar cómo un pequeño grupo de nueve amigos fundasteis este refugio, pero veo a mucha gente. Hay familias enteras, parejas con niños y algunas sin ellos; también hombres y mujeres solos.

—Cuando alguien se acerca curioseando, lo capturamos, como hicimos con vosotros, y le damos una función en el refugio. Tiene acceso a comida, ropa, medicinas y algo de ocio. Aquí tenemos de todo.

Me mata la curiosidad y hago la pregunta.

—Me gustaría saber qué sentido tienen los uniformes. ¿Por qué unos llevan ropa ordinaria y otros, sin embargo, un uniforme azul horrible?

—No es tan horrible. —Pilar los examina en detalle—. Vale, sí, es muy feo, pero no teníamos otra cosa en el almacén para darles. Cuando entra alguien nuevo le damos un uniforme azul en primer lugar. Indica que solo tiene acceso a lo esencial y está en proceso de adaptación y confianza.

—¿Novatos? —pregunta Frank.

—¿Novatos?! ¡Qué va! No son novatos —ríe Pilar y no habla durante unos segundos—. Vale, básicamente son eso, novatos, pero me parecía ofensivo llamarlos así. Nosotros les hemos asignado un indicativo que no resulta discriminador ni intolerante.

—¿Cómo los llamáis vosotros? —pregunta mi compañero.

—Aspirantes —carraspea Pilar.

—Es lo mismo.

Tú sigue restando puntos, Frank.

—No es lo mismo —carraspea otra vez.

En este caso, intuyo lo que significa la ropa ordinaria.

—Entiendo el sistema —comento—. Las familias con ropa ordinaria son las de vuestra confianza, y tienen acceso a más suministros y privilegios que los novatos.

—Aspirantes, y sí, así es. Eres una chica muy audaz. —Pilar toca la punta de su nariz con el dedo índice—. Hemos creado un sistema justo. Aspirantes y ciudadanos, todos tienen el mismo derecho a suministros básicos como agua, comida, medicamentos y una cama caliente, pero si desean tener más privilegios, como una habitación con televisión propia o acceso a mejores áreas, deben demostrarnos que pueden contribuir al progreso del refugio y merecen nuestra confianza. —Se acercan dos hombres con uniforme azul, en silencio—. ¡Vaya! Aquí llega un regalo de la casa. Tras varios años pasándolas canutas, creo que os lo merecéis.

Uno trae una pequeña mesa. Me suena haberla visto en el catálogo de una empresa de muebles suecos. La coloca entre nosotros y Pilar, y sobre esta deja tres elegantes copas de cristal que tenía entre sus dedos.

El otro carga una gran y fresca botella de refresco de cola. Gotas que antes eran aire, ahora están pegadas al cristal y resbalan con suavidad. La abre delante de nuestros absortos ojos con un orgásmico siseo de gas que no escuché en siglos. ¿De dónde coño han sacado esta bebida? Tiene una cubitera metálica. Deja caer un cubito de hielo en cada copa y las llena con la bebida. Al terminar de llenarse, la mitad es líquida, y la otra, hermosa espuma oscura de cola.

Esto es lo más jodidamente hermoso que he visto en mucho tiempo. No puedo evitar bajar la cámara y morder mis labios. Me relamo como un perro sediento. Creo que ha caído una gota de baba de mi boca, pero no lo puedo asegurar porque estoy centrada en la oscuridad de la bebida y las burbujas que nacen desde la base y suben a la superficie, muriendo al llegar a la cima para explotar.

Sé lo que estás pensando. ¿Tanta excitación por un simple refresco de cola? Hace cinco años me habría dado como a ti, vergüenza ajena, pero hoy en día encontrar un simple refresco como este, en perfecto estado y frío, es prácticamente imposible.

Pilar muestra la sonrisa de alguien que está haciendo disfrutar. Saborea nuestra tentación. Ahora mismo sería capaz de recibir latigazos de esta mujer durante horas, e incluso de matar a Frank, solo por probar lo que contiene la copa, en caso de que contenga lo que se supone que contiene. Dudo que pretenda envenenarnos.

—Quizá parezca algo radical con lo que voy a decir —no aparto la mirada del líquido—, pero ahora mismo mataría a mi compañero Frank por un simple trago. —Pilar ríe a carcajadas—. ¿De dónde habéis sacado esta botella?

Frank no reacciona; está jadeando, mirando el oro negro.

—Chicos, no os hacéis ni idea de todo lo que tenemos aquí. —Pilar nos ofrece, con cortesía, la bebida alzando su mano derecha—. No negaré que me muero de ganas de ver vuestra reacción. La copa es toda vuestra, sin condiciones.

Seguro que ahora estás pensando... “¡No lo hagas! ¡No bebas esa copa porque seguro que está envenenada!”

Ahora mismo me daría igual morir; no diré no a este regalo. Acercó el cristal a mis labios y dejó caer por mi garganta el fresco líquido de cola, mientras el hielo golpea mi labio superior y lo enfría. ¡Esto es una jodida maravilla! Lo echaba de menos infinitamente. Hace cinco años hacía fitness y veía el azúcar como veneno, sin embargo, hoy te arrancarías las pelotas por un trozo de pollo frito bañado en salsa Cajún y acompañado de una bebida energética azucarada.

—Joder...

No puedo decir nada más.

—Lo estáis disfrutando, ¿verdad, chicos? No hay nada parecido a esto ahí fuera, pero, ¿y si resulta que el refresco estaba envenenado? —sugiere Pilar, y Frank escupe el dulce petróleo con gas.

—Habría tenido la muerte más placentera imaginable —acepto, mirando al techo.

Pilar suelta una risita ligera.

—Tranquilos, si hubiésemos querido haceros daño, no habríamos montado todo este tinglado del documental. De hecho, me caes bien, Phoenix —me dice, guiñando un ojo.

Tengo un presentimiento un poco extraño con esta mujer. Me parece que coquetea conmigo, pero hace tanto tiempo..., que olvidé

cómo se hacía.

Grito de placer al sentir las burbujas explotando en mi estómago y algunos transeúntes se detienen asustados. Ignoro sus miradas y relleno mi vaso. Pilar los calma y les insta a seguir a lo suyo. Tomo el segundo, con más calma, tras el bajón del orgasmo del primero.

¡Mierda, la cámara! Vuelvo a apuntar a Pilar sin dejar de dar tragos a mi consolador líquido. Se nota que Frank también está disfrutando de su bebida, pero no monta ningún escándalo.

— ¿Cuántas personas viven aquí? — pregunta mi amigo.

— Unas doscientas, pero el búnker está preparado para albergar a muchas más — explica Piernas Apetecibles.

¿Cómo es eso posible? El búnker más grande que hemos encontrado estaba preparado para unas cincuenta.

— Hay mucha gente que controlar. ¿Qué ocurre si algún aspirante o ciudadano intenta matar a uno de Los Aguacates como hicisteis vosotros con el chef Salazar?

— ¡Buena pregunta, Frank! El acceso a los suministros está unido a un nanochip que fluye por nuestro sistema circulatorio y tenemos implantado solo Los Aguacates; nos lo pusimos cuando matamos al cabrón del chef Salazar. Un ordenador portátil central, en la oficina de Oliver Salazar y a la que solo la presidenta, es decir, yo, tengo acceso, registra nuestros signos vitales a través de ese nanochip y guarda la configuración de permisos de acceso. Yo tengo todos los permisos, y mis compañeros, de las zonas de abastecimiento, de todas. Cada uno tiene una clave propia y secreta. Si alguno de Los Aguacates muere, desaparece o sale del refugio sin desactivar su nanochip, será mi deber introducir mi código en el ordenador para notificar dicha baja; en caso contrario, el sistema bloqueará el acceso a los almacenes y por consiguiente no habrá comida, agua o medicinas. Es más, si un aspirante, residente u otro Aguacate quisiera asesinarnos, el nanochip lo detectaría. Es como una caja negra. Envía las grabaciones de sonido al portátil central en caso de una muerte y, si resulta que no fue accidental o natural, todo el sistema quedaría bloqueado para siempre tras una hora. Estaríamos encerrados y sin acceso a los suministros.

— ¿Y si tú mueres de forma natural o accidental? ¿Quién tendría acceso a la oficina y al ordenador central?

—Entonces, Los Aguacates restantes deberán introducir su clave en el sistema y nombrar una nueva presidenta o presidente.

—¿Tienes el control total de este lugar y los otros ocho, el control de secciones? —pregunta Frank.

—Así es, pero tranquilos, adoro a mis amigos. Si hubiese querido matarlos, ya lo habría hecho.

—Comprendo —digo—. Si los habitantes muerden la mano que les da de comer, se acaba la comida.

—Esa es la idea— verifica Pilar.

—¿Entonces Los Aguacates solo estáis aquí para gobernar? —pregunta mi compañero.

—No gobernamos. Piensa en nosotros como en una especie de encargados o supervisores. Cada uno administra una sección principal y se asegura de que todo funcione como es debido en su área. Nos repartimos las zonas acorde a nuestras capacidades.

—¿Todos erais especialistas en algo?

—No. En realidad, cada uno se acopló en el lugar que más le gustaba, pero tiene más clase decir que estamos capacitados para ello.

—Ah..., bien. Y aparte de la oficina central, ¿gestionas alguna zona más? —pregunta Frank.

—El censo, cumplimiento de normas, gestión de suministros... —explica Pilar—. También las entradas y salidas. Nadie puede atravesar la puerta principal sin que yo me entere. De hecho, es literalmente así. Si uno de Los Aguacates cruza la puerta hacia el exterior sin que yo desactive su nanochip en el ordenador central..., muere.

—¿Muere? ¿En serio?

—Para evitar que el búnker colapse por culpa de un arrebato de locura.

—Eso significa que algunos salen del búnker para explorar el yermo.

—Solo dos Aguacates; ningún aspirante o residente. Exploran el exterior y estudian si es habitable o, como mínimo, seguro. También comercian y hacen acuerdos con otros asentamientos a cambio de suministros que necesitamos. Tenemos de todo, sí, incluso cultivamos nuestra propia comida, pero no tenemos fábricas y ciertas cosas se pueden romper o terminar. Como es lógico, no podemos permitir que

ningún aspirante o residente salga, por si se le va la lengua y cuenta lo que tenemos en nuestros almacenes. Aquí estamos bien, de momento, pero tarde o temprano, dentro de unos años, tendremos que volver a salir al mundo real. La salud mental de muchos está empezando a fallar tras cinco años sin tomar aire. Vosotros habéis sobrevivido fuera desde que cayeron las bombas y sabéis cómo está aquello, ¿verdad? Yo no he salido desde entonces.

—Es muy difícil sobrevivir —explico—. Ciertamente, algunos asentamientos aceptan visitantes de su confianza y solo pretenden comerciar; sin embargo, otros son muy desconfiados y peligrosos.

—¿Y si algún habitante quisiera salir? —pregunta Frank.

—Por desgracia, una salida sin autorización es algo que no podemos permitir. Como os acabo de explicar, alguien podría contar lo que tenemos aquí dentro y eso sería catastrófico para nuestra supervivencia. Una vez entran, deben quedarse; no les queda otra opción.

—Eso quiere decir que mi compañera y yo estamos... —intuye Frank.

Mi amigo se ha dado cuenta de algo que yo he percibido desde que entramos. Estamos atrapados aquí. ¿Sabes qué? Me parece estupendo. Después de cinco años rozando la muerte, casi a diario, necesito un respiro. Un lugar donde establecerme no estaría tan mal.

—Sí, Frank. Sois oficialmente aspirantes —confirma Pilar—. Tranquilo, chico. Mantenemos entretenidos y cuidados a los nuestros, por eso no quieren marcharse. Créeme, aquí tendréis todo lo que necesitéis —explica, con una dulce sonrisa—. Somos una gran familia... —Un fuerte grito interrumpe la grabación—. ¡¿Qué coño pasa ahora?! —ruge.

Un hombre maduro, de unos cuarenta años, con vaqueros azules, deportivas y camiseta roja, entra volando desde alguna parte y cae de espaldas sobre la mesa. La destroza, desparramando por el suelo el refrescante refresco de cola y desperdiciando una escasa maravilla.

¡Hijo de puta!

—¡Era mi bebida, cabronazo! —me quejo.

El hombre intenta incorporarse, quejándose del dolor en su espalda. El golpe ha sido muy salvaje.

Pilar se levanta furiosa y con brusquedad.

—¿Puedo saber qué coño está pasando aquí?! ¡¡Tenemos invitados!! —Grita tanto que su voz retumba por toda la sala—. ¡Si no me explicáis qué está pasando, comeréis mierda durante toda una semana, imbéciles! —Se voltea hacia nosotros—. Disculpádmeme un momento, por favor —pide, molesta y sonrojada, pero no sonrojada por la vergüenza, más bien diría que por la intensa rabia.

Olvidó que todavía sigo grabando.

Agarra al hombre por el cuello de la camisa y lo levanta con un único impulso.

—¡No es culpa mía, fue Gregorio! —explica el tipo, zarandeándose como un conejo atrapado intentando escapar de ella—. ¡Él me lanzó sobre la mesa!

Pilar lo suelta y cae, golpeando su cara contra el suelo.

—¡Foder, mi fariz! —balbucea el tipo.

Otro hombre se acerca, más joven y muy delgado.

—¡Dile a la presidenta por qué lo hice, Jorge! —recrimina el tal Gregorio.

Una mujer mayor que todos los presentes, de unos sesenta y tantos o más, entra corriendo apurada, dando saltos torpes, quejándose de sus fallidas rodillas y respirando con dificultad, en parte debido a su edad y muy probablemente por estar dentro de un recinto sin poder salir para respirar aire puro.

Afuera ya no queda aire limpio.

Lleva ropa moderna, como la mía. ¿Espíritu joven? Sus ojos son claros, su pelo corto y cuidado, y sus pasos lentos.

Se acerca.

—¡Os dije que lo arreglarais sin discutir, cabezones! —se queja la señora de Gregorio y Jorge.

Pilar la señala y nos la presenta.

—Esta es Merche, otra de Los Aguacates y segunda más votada. Algunos opinaron que la persona mayor sería la apropiada para gobernar. Creo que han visto demasiado cine y consejos de ancianos en las películas.

Ambas se dan un educado beso en la mejilla.

—Hola, cielo —saluda maternalmente Merche a Pilar—. ¿Cómo les dices eso a nuestros invitados? Sí que tenemos un consejo de ancianos.

—Nos mira—. En realidad es una sala de reuniones muy mona, con un proyector donde los nueve tomamos decisiones, pero cuando seamos todos viejos lo llamaremos consejo de ancianos.

—¿Qué pasa con estos dos gilipollas? —pregunta Pilar a Merche sobre los hombres que discuten.

—Esa boquita, Pilar —regaña Merche—. Creo que Gregorio le prestó un DVD a Jorge y se lo devolvió rallado.

Pilar toma aire, cierra los ojos y une los dedos para meditar.

¿Acaba de decir que le prestó un DVD? Mi abuelo me habló sobre ellos, eran una forma de reproducción de vídeo muy popular en su época. Aquí serían muy útiles para entretener a los habitantes. ¿Qué estoy diciendo? Es imposible que tengan un reproductor de DVD, debe ser una broma. ¡Sí, es eso! Somos los nuevos y han decidido gastarnos una divertida broma de bienvenida. Ahora uno de ellos gritará que todo se trata de una farsa, seguro.

—Gregorio, ¿cuál es el protocolo? Lo conoces, ¿verdad? —pregunta Pilar.

Él no responde.

—Informar de lo sucedido a cualquiera de Los Aguacates para que se lo comunique a la presidenta. —Jorge responde por él—. ¡Y no lanzar a la gente por los aires!

Gregorio y Jorge son residentes, y me parece que han incumplido una norma. He de aprender cómo funciona este lugar si voy a vivir aquí.

—¡Has rallado mi DVD de *La enfermera empotrada*, mi película favorita! —se queja Gregorio—. ¡Es muy posible que fuese la última que quedaba en todo el puto planeta! ¡¿Sabes lo difícil que es encontrar algo con lo que motivarse tras la guerra?!

—Esperad un momento, ¿era el DVD... de qué? —pregunta, molesta e intrigada, Pilar.

—Es una película... —explica Merche, acercándose tímidamente a Pilar y susurrando en exclusiva a ella, pero claramente se escucha lo que dice— Es una película de... porni —dice tímida, como una niña que ha pecado diciendo una palabrota.

Pilar abre los ojos como platos, indignada.

—¡¿Todo el lío que habéis montado, delante de nuestros invitados,

fue por una puta película porno?! —exclama furiosa.

Merche sisea, sonrojada, pidiendo que baje la voz, ya que al parecer todos los presentes, aspirantes y residentes, están absortos contemplando el conflicto. Algunos cuchichean entre ellos.

—Esa lengua, Pilar, que hay niños. No digas palabrotas, por favor.

—Disculpa, Merche. —Pilar está que trina, pero intenta calmarse—. ¿Alguien tiene el maldito DVD?

—Sí, yo lo tengo —afirma Gregorio—. Creo que con una pulidora se podría arreglar.

—Vale, dámelo —le ordena Pilar y él obedece. ¡No era broma, le ha dado un DVD! Pilar sujeta la caja y la mira asqueada—. ¿No había un título más machista para ponerle a esta cosa? —La levanta con ambas manos, como si fuese a bendecirla ante Dios, y suena de su interior algo parecido a cristal. Creo que el DVD se ha hecho añicos al recibir la presión de las manos de Pilar, estrujando con mucho odio lo que ella ha considerado una aberración que debe aniquilarse—. Solucionado, película extinta. Ya no tenéis ningún motivo para continuar discutiendo. —Pilar sonríe mientras Gregory y Jorge se han quedado petrificados. No dan crédito. La presidenta lanza los restos a un lado y da una fuerte palmada—. Bien, será mejor que sigamos con nuestros asuntos. Este documental no puede grabarse solo. Acercaos a esa sección. —Señala una puerta grande, a su derecha. A la izquierda de esta hay una gran ventana de cristal semitransparente, y dentro se ven dos siluetas hablando y riendo—. Son Marc, del que os hablé, y Toni, su compañero. Ambos son Aguacates. Como dije, Marc estuvo dos años en el ejército, y Toni... No lo recuerdo, pero si la memoria no me falla, supuestamente estuvo mucho más tiempo que Marc; incluso tengo entendido que luchó en Afganistán y se quedó un poco tocado de la cabeza. Son los únicos que tienen autorización para salir de vez en cuando. Id y grabad algunas tomas con ellos. —Me señala—. No olvidé que seguías grabando, Phoenix. Elimina el incidente del DVD en el corte final o tendrás un problema serio conmigo.

*PILAR Y MERCHE. PRIMER PLANO
EN EL SOFÁ DE LA SALA COMÚN*

—Yo trabajaba en una oficina de Madrid —cuenta Pilar—. Tenía un despacho con vistas al centro de la ciudad, trajes caros y un coche imponente. ¡Los hombres de la oficina se peleaban por mí! —se lamenta con nostalgia.

—Cálmate, querida mía —pide Merche—. Todavía tienes una función importante en este búnker.

Pilar reduce su frustración.

—Discúlpame, sabes que lo estoy pasando mal; estar encerrada aquí es un horror. Siempre las mismas paredes y caras, una y otra vez. —Sonríe un poco—. Aunque si me comparo con la gente que estuvo fuera durante las explosiones, he de agradecer que todavía sigo con vida, de una pieza y con suministros de sobra. Tengo calefacción, comida, buena ropa y un esclavo sexual que está como un tren.

Merche le da un golpe con el codo y mira a la cámara, avergonzada.

—No lo llames así, llámalo aspirante con privilegios —sugiere Merche.

Pilar levanta las manos, conforme.

—Tengo un aspirante con privilegios que me follo cuando quiero. Me recuerda a mi anterior amante, aunque con la ventaja de que su mujer no vendrá a buscarme furiosa y con objetos punzantes, gritando “¡Tenemos hijos, zorra, tenemos hijos!”

—Pilar... —regaña Merche—. No seas tan bruta, cielo.

—Yo soy así. Me gusta dejarme llevar y disfrutar del sexo. ¿Tú no tuviste ningún amante? Va, dime la verdad. No puedo creer que no tuvieras ninguna aventura en toda tu vida.

—Algo hubo, pero terminó hace tiempo.

—¡Vaya, no lo sabía! ¿Por qué no me hablas de él? Somos amigas, cuéntame algo. ¿Cómo era?

Merche la mira de reojo.

—No quiero hablar de él, solo era un viejo y lo nuestro terminó, pero era mi viejo y nunca lo olvidaré. Amaba a mi marido y a mi hija, mi niña de veinticinco años, en serio, pero lo que ese hombre me hacía

sentir... —Lanza un beso uniendo sus cinco dedos—. Bueno, no sé si tengo todavía a mi familia. Soy de Cádiz y, aunque tenemos sistemas de comunicación, esa zona está demasiado alejada para contactar. Tengo fe y no pierdo la esperanza de volver a verlos algún día, pero también soy realista. —Suspira—. En fin, ahora Los Aguacates son mi familia.

—¿Quién iba a decir que el fin del mundo llegaría por culpa de ese país de mierda, verdad? —opina Pilar.

—¡Cierto! Todo se destruyó en segundos. Unos atacaron a otros y esos a los demás. —Merche gesticula objetos cayendo, supongo que misiles, y hace el sonido de explosiones con su boca como un niño jugando—. Todo se esfumó en un instante. Millones murieron, y el planeta se calentó y se contaminó más de lo que ya estaba. Ciudades, animales y cultivos; todo desapareció en lo que dura un parpadeo.

—No exageres, querida, que antes de la guerra ya estaba todo hecho una puta mierda —aclara Pilar—. El calentamiento global era imparable y cada día se extinguían centenares de especies, tanto de animales como de plantas. Terminamos comiendo hamburguesas de lombrices, ¿recuerdas? Un restaurante bautizó uno de sus menús como Happy Worm. Repugnante.

—¡Sí, qué asco! ¿Recuerdas cuando los grandes chefs dijeron que los insectos serían la solución? Me produce náuseas recordarlo.

Merche se tapa la boca para no vomitar y emite una ligera arcada.

—Eso lo decían para aparentar porque, mientras los pobres tomábamos leche con hormigas, los muy cabrones desayunaban entrecot con salsa de trufa. No soy delicada con la comida, pero ¿qué quieres que te diga? Sé que a los asiáticos les vuelve locos comer insectos crujientes, pero algunos también comen perros, y eso no me da mucha confianza respecto a su capacidad para encontrar sabores interesantes.

—¿Sabes qué echo mucho de menos? Las fiestas. Hicimos varias aquí, ¿recuerdas, Pilar? Por desgracia, todas se nos fueron de las manos y terminaron mal.

—No terminaron mal, terminaron desastrosamente mal. —Ambas agachan la cabeza—. El primer año, al estar en Valencia, probamos con las fallas. Se nos ocurrió la brillante idea de amontonar objetos en un

almacén vacío, con un techo muy alto, y quemarlos. Revisamos las medidas de seguridad necesarias, ya sabéis. Nada de depositar objetos inflamables cerca y mucho menos tirarlos al fuego, y extintores de sobra para apagarlo cuando fuese necesario. Por el contrario, nos aseguramos de que no había rociadores de agua en el techo al detectar el humo, ya que estos apagarían el fuego muy pronto. No tendría ninguna gracia montar toda la parafernalia para ver las llamas durante unos pocos minutos. Y respecto al humo, tenemos buenos sistemas de ventilación que lo expulsarían. Todo parecía estar en orden y bajo control, pero se nos escapó un pequeñito detalle.

—El humo va a la suya —recalca Merche.

—Empezaron a llenarse todas las salas de humo fuera de control, no creímos que saldría tantísimo. Para colmo, los sistemas de ventilación estaban hechos para filtrar aire, no humo en abundancia, y no daban abasto. Intentamos apagar el fuego con los extintores, pero llevaban caducados varios años. Algunos murieron por asfixia. Cuatro personas, para ser exactos; tres hombres y una mujer. Por suerte, no tenían familia y nadie los echó de menos —explica con alivio Pilar—. Al año siguiente probamos con San Fermín y fue otra gran cagada.

—Por culpa de las bombas nucleares no hay toros por la zona, y apostaría a que ya no queda ninguno vivo en todo el mundo. Qué lástima, con lo bonitos y nobles que eran esos animales —se lamenta Merche, apenada—. Utilizamos un recurso improvisado. Juanma, otro de Los Aguacates, que conoceréis dentro de poco, que se encarga de los cultivos y de cuidar algunos animales que tenemos aquí, tenía un cerdo muy viejo. El pobre estaba hecho una mierda.

—El cerdo estaba hecho una mierda, no Juanma —aclara Pilar.

—¿Tenéis una granja con animales vivos aquí debajo? —pregunto.

—¡Claro! —verifica Pilar—. Reciben todo lo que necesitan para crecer fuertes y felices; luz artificial, comida y agua. Algunos producen leche o huevos, y otros son sacrificados cuando han crecido lo suficiente. A esos la felicidad les dura poco, pero así es la vida. Juanma y sus ayudantes son unos auténticos artistas de la matanza. Producen toda clase de filetes de carne asada, costillas al horno y embutidos variados.

—Al cerdo lo pusimos a correr por los pasillos mientras todos

huían despavoridos —explica Merche—. Me divierte recordar al pobre animal, viejo y que apenas podía moverse, persiguiendo a los idiotas que gritaban aterrados.

—Di más bien que gritaban borrachos. Martín, otro Aguacate, un pelín... especial, corría borracho y completamente desnudo con su cosita, dando vueltas en círculos mientras trotaba.

—Martín cayó al suelo bocabajo, el cerdo se montó sobre su espalda y... lo penetró. Por suerte, Martín estaba tan borracho que se reía mientras pasaba porque no sentía nada. Dicen que los orgasmos de los cerdos duran treinta minutos. Este animal vivió el mejor día de su vida, porque estuvo horas sobre Martín y no se despegó de él, gimiendo y gritando.

—Martín también gimió y gritó. Creo que disfrutó de aquel día casi lo mismo que el cerdo —recuerda Pilar—. El cerdo sufrió un infarto debido a la cantidad excesiva de orgasmos seguidos que tuvo. Lo bueno de todo esto fue que, al poco tiempo, nos pusimos ciegos de carne y embutido casero.

—A Martín lo acostamos y al día siguiente, cuando despertó, le explicamos que había tenido sexo anal, salvaje y continuo con un cerdo. Pensó que nos referíamos a algún residente muy feo.

Ambas ríen durante un corto instante. Su sonrisa desaparece de golpe y Pilar carraspea al contarnos cuáles fueron las consecuencias de esa noche de amor interespecies.

—No lo sabíamos, pero el cerdo tenía sífilis. Nos dimos cuenta tras varios días, cuando aparecieron las marcas en la piel de algunos residentes y la fiebre. No teníamos ni puta idea de cómo tratarla, así que Jazmín, la Aguacate especialista médica con la carrera de medicina sin concluir, se limitó a dar penicilina a los infectados. Solo murió uno, y por suerte tampoco tenía familia, pero imagina tener a una decena de personas enfermas en cama y al resto en cuarentena de follar. No podíamos controlar lo que hacían con su cosita, era una misión imposible, así que la enfermedad se propagó como la espuma hasta que se esfumó sola.

Merche se queda pensativa y parece que recuerda algo.

—También celebramos Halloween, o al menos lo intentamos. ¿Lo

recuerdas, cariño? Regalar chucherías en un búnker fue una de las peores ideas que tuvimos. Nadie había probado una en tres años. Fue una auténtica carnicería.

—¡No exageres tanto, Merche! —minimiza Pilar—. Solo sufrimos tres bajas. Se mataron entre ellos por una chocolatina. Por desgracia, esta vez uno de los fallecidos sí que tenía familia y nos tocó indemnizarla con una sandwichera.

—¡Es verdad, lo recuerdo! —corrige Merche—. Aunque, según un rumor, su mujer no lo soportaba y ahora ella está con un tío diez años más joven. Pienso que ya le ponía los cuernos al pobrecillo antes del incidente con el chocolate.

Ambas miran a la cámara, muy serias.

—No haremos ningún tipo de fiesta nunca más, lo juro —comenta Pilar, besando su dedo pulgar plegado.

ARMAMENTO, DEFENSA Y EXPLORACIÓN

Marc es un cuarentón calvo, con barba de una semana, y gafas negras y estilizadas. Tiene una cara muy expresiva y divertida, como si fuera un personaje de cómic viviente. Toni es lo opuesto a él. Es un treintañero de pelo largo y castaño. Está extremadamente serio y emite un aire de misterio. Cada uno está sentado sobre un taburete sin respaldo, de espaldas a una mesa metálica llena de herramientas y componentes de armas.

No es una sala muy grande, aunque es comprensible que parezca diminuta si la comparo con la zona común. Recuerda a la recepción de un taller mecánico, lleno de tuberías y manchas de grasa por todas partes. Hay una ventana a cada lado de la puerta de entrada. Por ellas se ve la silueta de aspirantes y residentes deambulando. No podemos escuchar lo que dicen, porque el lugar en el que estamos parece estar insonorizado.

Llama mi atención una vulgar puerta en la otra esquina del lugar, pero imagino que será el cuarto de baño o un pequeño almacén.

Frank estira de su pantalón de nuevo, y yo apunto con la cámara a los dos Aguacates. Agradezco estar rodeada de hombres grasientos y no tener cerca una falda ajustada, con dos piernas espectaculares, para evitar que mi pobre compañero tenga que pensar continuamente en la anciana muerta con la intención de anular una erección incontrolable.

—Sin lugar a dudas, esta sección es la más importante de todo el búnker —explica Marc, rascándose la nariz debido al picor que le produce una mancha de grasa—. Hay que comer, obviamente, pero imagina este panorama en tu cabeza. Sales a explorar el yermo exterior y un cadáver, aparentemente descompuesto, se pone en pie. ¡Guau! ¿Cómo es eso posible? ¿Será la radiación la responsable de resucitar a los muertos? Puede, pero no tienes tiempo de llegar a una conclusión porque ese mismo cadáver, atraído por el apetecible aroma de tu cere-

bro, te muerde. Cuando regresas al búnker, sientes que tienes un hambre voraz por la carne humana. ¿Por qué tienes tantas ganas de hincarle el diente al cerebro de tu mejor amigo? ¿Te has vuelto *cerebrano* y a su vez has creado una nueva tendencia en la ingesta de alimentos? Pues porque... ¡Sorpresa, te has convertido en zombi y atacas a todo aquel que se cruza en tu camino, convirtiéndolo en zombi también! ¿Cómo derrotaríamos al ejército de los muertos, con patatas o con trampas fabricadas con plátanos? La verdad es que no, y para eso tenemos este lugar y a los tíos buenos que lo gestionan —bromea Marc, dando un golpe con el codo a Toni, y este no responde. Ni siquiera parpadea—. Tranquilos, aunque lo veáis así, está vivo —explica Marc refiriéndose a Toni—. Aquí almacenamos, mantenemos y cuidamos todas las armas que hemos ido encontrando, tanto dentro como fuera del búnker.

—Algo nos ha comentado Pilar —explica Frank—. Vosotros tenéis permiso para salir al exterior, ¿verdad?

—Nosotros no tenemos que pedir permiso a nadie. Toni y yo somos Aguacates. No en un sentido literal, somos seres humanos. —Madre mía, cómo está la vida—. Podemos hacer lo que nos salga de la polla —vacila Marc—. Eso no quita que, por cortesía hacia mi compañera Pilar, rellenemos un documento de registro de salida, firmemos un testamento con todos los objetos personales que guardamos en nuestras respectivas suites privadas, ajustemos el inventario del armamento y los objetos que nos llevamos al salir, entreguemos al entrar todo el armamento y los objetos que saqueamos en casas abandonadas o comerciamos en comunidades, firmemos un documento de entrada con un registro de la procedencia de dichos objetos, firmemos otro registro de las comunidades conocidas y las nuevas para mapear la zona, nos demos una ducha fría para limpiar la radiación, entreguemos una muestra de sangre para comprobar nuestro estado de salud para evitar contagios del exterior y redactemos un informe con todo lo ocurrido durante la salida sin olvidar añadir los incidentes y condiciones de comercio de las comunidades.

—¿Por cortesía? —pregunto.

—Por cortesía, sí —confirma Marc—. ¡Qué coño se cree Pilar, ¿que nosotros somos sus malditos esclavos?! —Mira a Toni—. Por cierto,

tío. Recuerda que debes rellenar el formulario trescientos cuarenta y cinco sobre la última expedición antes de ir a dormir, o enfadarás mucho a quién tú sabes. Y respecto a esa moneda antigua que escondiste en tu bolsillo, dásela o te descontará el doble de su valor de tu paga semanal.

Toni ignora a Marc y habla solo.

—Al salir a explorar el yermo siempre nos equipamos con fusiles automáticos M4. Tienen, de serie, visores térmicos que contienen fluido fluorescente, capaces de marcar un objetivo a dos kilómetros de distancia —explica con una serenidad extrema—. Los proyectiles ligeros recorren la distancia más rápido y penetran más en el objetivo.

Marc aplaude, mirando con orgullo a Toni. Se levanta de su taburete y se acerca al micrófono de la cámara.

—Se lo ha inventado todo —susurra y vuelve junto a su compañero—. ¡Guau, nuestras metralletas son brutales, amigo! ¿Qué haría yo sin ti allá fuera? No duraría ni tres minutos.

Disimular el sarcasmo no es el fuerte de Marc.

—Algo me dice que ya escuché vuestras voces en alguna otra parte —comento, intrigada—. Frank y yo hemos sobrevivido fuera desde que cayeron las bombas. ¿Nos cruzamos con vosotros en algún asentamiento? Siempre nos hemos movido por la zona este de la ciudad.

Creo que he acertado y sí los conocemos, ya que Marc sonríe y mira a Toni para compartir su entusiasmo, pero al comprobar que este sigue inerte, vuelve a ponerse serio de nuevo.

—Qué seco eres, hijo de mi vida —le dice a su compañero—. ¡Sí, Toni y yo fuimos los que os encontramos husmeando en la entrada! —confirma. Se pone una máscara de gas horrible y su voz se vuelve grave. Suena como si hablara con la cabeza metida dentro de un cubo—. ¿Qué hacéis aquí? ¡Moriréis! —Intenta aterrorizarnos en vano—. ¡Os comeremos, intrusos! —Se quita la máscara—. ¡Este cacharro es un horno! Si tuviese pelo, ahora estaría empapado y despeinado, pero como no lo tengo... —comenta, y mira a su compañero, que sigue inerte—. La madre que te parió. ¿Tú te ríes alguna vez, Toni?

Toni mueve los globos oculares hacia él y lo mira.

—Sí —responde Toni—. También parpadeo, mira —explica, abriendo y cerrando los ojos, despacio.

Marc vuelve a la cámara.

—En fin... Nosotros fuimos los que os atrapamos y encerramos una semana para garantizar que no estéis enfermos o irradiados. ¡Tranquilos, no tenemos intención de comeros!

De una forma extraña, Marc me parece divertido.

—No te ofendas, pero no sois tan horripilantes en persona —opino.

—Tranquila, lo sabemos, por eso nos ponemos estos trajes tan cutres para asustar a los intrusos —explica Marc.

—¿Todas estas armas estaban aquí cuando llegasteis? —pregunta Frank, señalando a la estantería lateral, rebosante de armamento.

—Sí, casi todas —comenta Marc—. Algunas las hemos ido encontrando fuera, pero las más grandes ya estaban en este almacén. No creeríais todo lo que tenemos en este búnker.

—Eso mismo nos dijo Pilar —expone Frank—. Si llegasteis aquí a través de un ascensor que estaba en el restaurante del chef Salazar, que está en el centro de la ciudad, y la entrada donde nos capturasteis está en las afueras del sur de la ciudad, ¿cuánto mide este lugar?

—Se compone de varios sectores de abastecimiento de energía —explica Toni, impasible—. Utiliza dos fuentes de energía. Un generador que se carga con la corriente de agua de un río subterráneo, y paneles solares repartidos por toda la ciudad, fabricados con material antinuclear para asegurar su funcionamiento permanente.

—Tío, debo confesar que se me pone muy dura cuando te escucho hablar en plan técnico —bromea Marc—, pero nuestros invitados preguntan por el tamaño del búnker, no por su fuente de energía. —Nos mira—. Es una ciudad, ya lo veréis. ¿Os dijo Pilar cuántas personas pueden llegar a vivir aquí?

—Unas doscientas, nos comentó —dice Frank.

—¿Vosotros solo gestionáis el mantenimiento de las armas o las probáis en otra zona? —pregunto—. Esta sala es muy pequeña. ¿Cómo aseguráis el correcto funcionamiento del armamento antes de salir?

Marc sonríe y, por su expresión, intuyo que nos reserva una sorpresa.

—Seguidme, quiero enseñaros qué hay tras la puerta número uno —dice, como el presentador de un programa de televisión cutre.

Se baja con torpeza del taburete. ¿Almorranas?

—¿Te ocurre algo, Marc? —le pregunto.

—No, tranquila. Estoy bien. He dormido en una mala postura y me duele un poco la espalda, eso es todo —me explica—. Por cierto, ¿cómo os llamabais?

—Mi compañero se llama Frank y yo soy Phoenix.

—¡Menudo nombre tienes, mujercita! —se sorprende—. Tatúatelo en un brazo y nadie se atreverá a toserte.

Marc llega a la puerta lateral, la abre y nos invita a pasar. Cuando esta entrada me llamó la atención pensé que era el cuarto de baño o un almacén, pero si él nos ofrece entrar con tanto orgullo... debe haber algo más.

¿Pero qué coño...?!

—¡Hostia puta! —grito con fuerza al entrar, como un acto reflejo, y ver lo que hay detrás, esperándonos.

Nuestros pies reposan sobre el suelo de hormigón en un almacén colosal, más grande que la zona común. La mitad se compone de varias columnas plagadas con todo tipo de uniformes mimetizados y equipos de combate. Abundan las armas como pistolas semiautomáticas, fusiles de asalto, subfusiles, rifles de francotirador, munición anti-tanque, granadas y drones. Mi vista no puede abarcarlo todo; estoy segura de que hay muchísimo más. La otra mitad es un campo de tiro gigante con montañas artificiales, trincheras y vehículos de combate para entrenamiento.

¡Quiero vivir aquí!

Marc se pone a mi lado, con sus manos apoyadas en su cadera, orgulloso. Frank se sienta en un taburete que está unido a una mesa y estira sus brazos sobre la madera. Parece agotado y la verdad es que merece un respiro, además, a él nunca le han fascinado tanto las armas como a mí.

—Este sitio es la polla, ¿verdad? El paraíso de todo adicto a las armas —vacila Marc—. No sé qué coño tenía pensado hacer el chef Salazar con todo esto, pero seguro que nada bueno. Me parece demasiada fuerza de fuego para simple autodefensa. Si tuviéramos un ejército, podríamos tomar toda la provincia bajo nuestro control. Este lugar es impresionante. Cuando me lo asigné, solía venir aquí a disparar

a solas y a pelármela. Si esta mesa pudiese hablar —suspira melancólico, señalando a la que está utilizando Frank como cama—, diría... “¡Límpiame de una puta vez, cerdo; estoy pegajosa!”.

Frank aparta sus brazos, asqueado, al escuchar la anécdota. Mira la mesa con repulsa. Busca en la palma de sus manos restos de la autosatisfacción de Marc.

—Lo más probable es que esa mesa se preguntaría... “¿Por qué Marc dura tan poco?” —rectifica Toni.

—¿Disculpa?! —salta Marc, avergonzado y cazado—. ¿Quién te ha contado eso? ¿Solo me pasó una vez con aquella aspirante, o quizá fueron cuatro! ¡No lo recuerdo!

—Hay cámaras de seguridad R72 con autoenfoco escondidas por todas las zonas comunes. ¿Creías que Martín no nos enseñaría lo que hacías aquí cuando te quedabas solo?

—¿Estás insinuando que Martín tiene vídeos míos copulando y todos los habéis visto? Espera, necesito saber una cosa, ¿salgo bien, aunque sea calvo y con gafas?

—No —contesta Toni—. Cada día me pregunto lo mismo. ¿Cómo es posible que este refugio, gobernado por idiotas, siga funcionando?

—Bien, ya hablaré con Martín y le sobornaré para que borre las grabaciones antes de que se filtren —corta Marc, dando una fuerte palmada—. ¿Te apetece probar algún arma, mujercita? —me pregunta—. Tu amigo no parece tener mucho interés. Puedes dejar la cámara colocada por ahí y grabar algunas tomas brutales disparando misiles, lanzando granadas o lo que quieras. Este lugar lo resiste todo.

—¡Claro que quiero, me alucinan las armas! ¡Me encantaría probar alguna! —respondo, entusiasmada.

—¿Dispaqué? ¿Yo? —pregunta Frank, confuso—. Has acertado conmigo, Marc. No tengo interés y no me gustan las armas.

—¿Tu compañero no ha disparado nunca? —me pregunta Marc—. ¿Estás de broma? En el yermo, si no aprendes a disparar, mueres. ¿Cómo has sobrevivido durante cinco años con un compañero que no es capaz de apretar el gatillo?

—¡Por supuesto que ha disparado! —rectifico—, aunque solo en situaciones extremas. La tiradora del dúo soy yo.

—Ya veo —dice Marc—. Volviendo a ti, ¿qué arma se te da mejor?

—Rifle con mira telescópica. Tengo un misterioso don para controlar la respiración, los latidos y la adrenalina —explico.

—¿Francotiradora? Me gusta tu estilo —dice Marc, pidiéndome que le acompañe a una de las columnas. Al llegar me muestra varias armas—. Yo la llamo la sección de precisión. Elige la que quieras.

Varias joyas cuelgan brillantes y hermosas del estante, todas equipadas con su mira telescópica. Levanto un ejemplar de metal forjado por dioses.

—¡Este! —Selecciono uno de color marrón claro, perfecto para ocultarse en el yermo—. Siempre he querido probar este.

—¿El AX50 británico? —se sorprende Marc—. Me gusta tu estilo, mujercita. Es algo pesado, pero lo compensa con una gran potencia, precisión milimétrica y mucha clase. Vamos a ello. Quiero ver qué eres capaz de hacer con esta maravilla de la ingeniería.

—El AX50 pesa doce kilos y utiliza munición de doce milímetros. Tiene un alcance de dos kilómetros —explica Toni, que estaba pegado a nuestra espalda sin que nos diésemos cuenta—. Especialmente está diseñado para uso antimaterial contra vehículos no blindados.

—Sí, sí, sí. Lo que tú digas, Toni. Es una cucada de rifle —comenta Marc.

Lo ignoramos. Estoy tan centrada en el poder de mi nueva adquisición temporal que no escucho los tecnicismos.

Caminamos con paso firme hacia la línea de tiro, compuesta por varios cubículos. Marc levanta la mesa del mío; este tipo de armas no es recomendable dispararlas de pie debido a su intensa potencia de fuego. Me tumbo en tierra bocabajo, con el cuerpo estirado y las piernas ligeramente separadas, agarro el guardamano con mi mano derecha, colocando el codo sobre el suelo. El hormigón está frío. Con mi mano izquierda, sujeto la empuñadura sin colocar el dedo índice en el gatillo. No tiene el cargador montado y todavía no debo tirar del cerrojo.

—Cuando quieras, Marc. Pásame el cargador —le pido.

—Veo que eres zurda y también que sabes lo que haces, mujercita —elogia Marc—. ¡Menos mal! Sabes sujetar un arma. No te pasará lo mismo que al imbécil de Odín.

—¿Odín no era un dios de la mitología nórdica que se arrancó un

ojo para adquirir el conocimiento supremo?

—Correcto. También era un idiota que presumía sin parar de ser el autor de una novela famosa y también de ser especialista en armas. Su personaje más famoso era una mujer superdotada, pero a mí me parece más divertido ver cómo se las apaña un grupo de capullos sin cerebro.

—¿Qué le pasó?

—Le dimos permiso para entrar en esta zona y deleitarnos con sus habilidades armamentísticas —dice con sarcasmo y le da la risa floja al recordar algo—. Agarró un revólver, uno de calibre alto, y no se le ocurrió otra cosa al cenutrio que sujetar la empuñadura con la palma de la mano abierta. Presumía de haberse hecho una foto muy viral con esa postura en las redes sociales. Yo sabía lo que iba a pasarle a su cara, pero no le avisé para echarnos unas risas a su costa.

—Fue un gran error disparar así —comenta Toni—. Debimos advertirle.

—¡No le advertí por bocazas de mierda! —grita Marc—. El retroceso fue tan intenso que el martillo se incrustó en su ojo.

—¿En serio?

—Sí, mujercita, y para mayor cagada, el tío no esperó a que llegara la Aguacate médica, Jazmín, a socorrerle, lo cual fue otro gran error. Se arrancó el revólver del ojo con sus propias manos, tirando, y en vez de separarse el ojo del arma... se quedó pegado. Fue asqueroso. De dentro de la cuenca salió una masa de carne que parecía gelatina yapestaba a sangre podrida, y en vez de soltar el arma, el muy inteligente se puso nervioso por el intenso dolor y se disparó en el muslo, atravesando la arteria femoral. Toni y yo intentamos contener el chorro de sangre que salía de su pierna a presión, pero fue una pérdida de tiempo. Lo trasladamos en camilla al área médica y allí murió desangrado a los pocos minutos de llegar.

—Si murió en cuestión de minutos, ¿cómo os dio tiempo de ponerle el apodo de Odín?

—Los residentes nunca fueron muy amistosos con él, que digamos. Era soporífero e irritante. Cuando lo trasladamos en camilla por el pasillo, los residentes gritaban... “¡Mirad, es Odín, el padre de todos!”, y se reían.

—¿Y eso te pareció normal?

—Bueno, mujercita, Odín era tuerto, y según las creencias nórdicas, también era el padre de todos. Los residentes estaban en lo correcto, mitológicamente hablando. —No me ha entendido. No importa—. Dudo que a ti te pase lo mismo que a Odín. ¡Mírate! Claramente, tienes experiencia utilizando armas. Fusil en paralelo al cuerpo, apuntando hacia delante por seguridad, con postura firme y decidida. —Me señala y sonrío—. Tú tienes pinta de haber matado a muchos, ¿a que tengo razón? —Guardo silencio, pero sonrío un poco. Ese secreto se lo contaré más adelante, este no es el momento—. Tranquila, mujercita, no te juzgaré. El mundo ya no es un lugar seguro en estos tiempos y, en ocasiones, es inevitable matar para no morir.

Marc me acerca un cargador, lo meto bajo el fusil, tiro del cierre y un cartucho se coloca en la recámara. ¿Has pensado en una bala? La bala es lo que sale disparado por la punta del arma, también llamada bocacha, y el sobrante vacío que se desecha se llama vaina o casquillo.

Coloco el cierre de nuevo.

El arma está lista para disparar.

—¿Dónde apunto? —pregunto.

—En la maqueta de la montaña, en la cima, verás el muñeco de un soldado. Está a cincuenta metros de distancia. No es mucho, cualquiera con un poco de práctica puede acertar a esa distancia, pero el objetivo mide un centímetro, y eso sí es un reto. Veamos tu puntería —desafía Marc.

Acercó mi ojo izquierdo a la mira, dejando una distancia prudencial para que el retroceso no me deje tuerta, y busco la cima. ¡Allí está! Un soldado de juguete minúsculo. Aparto la mirada y ajusto la rueda de la mira para regular la distancia correcta; cincuenta metros exactos. Vuelvo a mirar a través de la lente. La cruz para centrar el objetivo se tambalea arriba, abajo y a los lados.

Necesito calmarme o fallaré el disparo.

Relájate, princesa.

Relájate y déjate llevar.

Relájate y siente mi mano.

Céntrate en ella.

No pienses en nada.

¿La notas?

Inspira...

Espira...

Acaricio el gatillo con suavidad mientras mi corazón reduce el ritmo de su latido. La cruz deja de moverse y se centra en el objetivo. Aprieto el gatillo, sin pensar ni moviendo mi cuerpo, para que el disparo me sorprenda. Si piensas en algo antes de disparar, fracasarás. El intenso sonido de la pólvora quemándose retumba por todas partes y mis oídos pitan durante un leve instante. Al segundo, el muñeco explota en un millón de pedazos.

Marc me ayuda a levantarme.

—¡La leche, a la primera! —alucina Marc—. ¡Ha sido increíble! Solo has necesitado un único disparo, directo y preciso. A eso lo llamo yo gestionar bien la munición. Eres una pasada, mujercita. —Da una suave palmada en mi espalda—. Volvamos a la otra sala de nuevo. Creo que ya has grabado suficiente por aquí.

Recupero mi cámara de vídeo y todos volvemos al taller.

Escucho un sonido vidrioso, como de golpes en un cristal. Una silueta femenina intenta llamar nuestra atención a través de la ventana de la derecha y saluda con una felicidad extrema. La puerta se abre con un silbido y entra corriendo. Es una mujer atractiva y enérgica, de piel clara, abundante pelo largo, oscuro, rizado y felino. Lleva un vestido largo y amarillo que resalta su estrecha cintura.

—¡Eli! —saluda Marc a la mujer.

—¡Hola, alma cándida! —saluda ella.

Ambos se abrazan con fuerza y Marc se queja un poco.

—¡Ten un poco de cuidado, tía! —regaña él.

—¡Oh! ¿Te duele la espalda otra vez? Lo siento, blandengue —se burla—. ¿Te di demasiada caña anoche?

—No tengo edad ni fuerzas para estos trotes —dice Marc.

—¿Y esta chica y chico tan guapos, quiénes son? —pregunta Eli.

—Phoenix y Frank —nos presenta Marc.

—¡Hola, es un placer conoceros!

Me abraza con mucha fuerza y mi espalda cruje ligeramente. ¡Menuda energía tiene esta chica a pesar de estar tan delgada!

—¿Eres la pareja de Marc? —pregunto.

—¡Qué va! Es una gran amiga; somos como hermanos —explica él—. Cuando se creó el grupo del foro, ella y yo hablamos por nuestra cuenta, en privado. Nos contamos nuestros problemas y frustraciones, y sin darnos cuenta nos convertimos en terapeutas mutuos.

—¿Y esa cámara? —pregunta Eli—. Espera, ¿no me digas que vosotros dos sois del equipo de rodaje que comentó Pilar?

—Sí —afirma Marc—. Ella es la camarógrafa y él es el periodista. El sonidista y la productora están echando un polvo en el baño.

—¿En serio? ¡Qué suerte tienen algunos! —se sorprende Eli.

—¡Es broma, tía! —se burla Marc—. No hay nadie en el baño, este es todo el equipo de rodaje. Chica con cámara antigua y chico periodista, nada más.

—¡Pues, hola de nuevo! ¡Espero que tengáis un día estupendo y una grabación productiva! —saluda Eli otra vez, entusiasmada—. He venido para confirmarte que esta noche repetimos, Marc. Ya sabes a qué me refiero. Estoy a tope y necesito liberar tensiones.

—¿Otra vez, Eli? Terminarás matándome. Dame un respiro, por caridad.

Intuyo de qué están hablando, no soy una niña pequeña, pero no es asunto mío.

—No hay respiro que valga —rechaza Eli—. Y otra cosa. Ya que me he cruzado con el equipo del documental, te pediré permiso para llevármelo.

—¿De qué sección te encargas tú? —interrumpo y Eli se gira hacia mí.

—Es un herbolario donde ayudo a los aspirantes y los residentes con todo tipo de tratamientos y masajes. Mi área es un punto de relajación donde todo el mundo puede librarse del estrés y ser más feliz, porque, ¿en qué se basa la vida? En eso, precisamente, en buscar la felicidad. ¿De qué sirve estar siempre triste y malhumorado?

—¿Haces masajes con final feliz? —se burla Frank.

La sonrisa de Eli desaparece y se acerca a mi compañero con pasos cortos, marcados, y amenazadores. Sus ojos se oscurecen y, por alguna extraña razón, el taller de armamento huele de repente a carne quemada.

Los pelos de mi nuca me comunican que Frank no debería haber

dicho eso. La bella mujer de pelo ondulado lo mira, apretando los dientes y los puños, con rabia.

—¿Qué acabas de decir, Frank? ¿Quién coño crees que soy? —le increpa Eli, aparentemente muy enfadada e indignada—. Vamos al herbolario los tres. La chica de la cámara, tú con tu pantalón prieto misteriosamente sexi y yo, ¡ahora mismo!

MARC, ELI Y TONI. PRIMER PLANO SOBRE LOS TABURETES DEL TALLER DE ARMAS

En primer lugar, habla Marc a la cámara. Toni la mira fijamente. Eli monta y desmonta una pistola semiautomática torpemente, con media lengua fuera.

—Tengo cuarenta años, aunque salta a la vista que me conservo divinamente. Nací aquí, en Valencia, donde crecí y seguramente muera. Estuve dos años en el ejército, en una unidad de transmisiones. ¿Recordáis en las películas al típico soldado imbécil, que corría desesperado cargando una enorme radio con una antena muy alta, como la de los coches de choque, sobre su espalda? Siempre moría por dos motivos; primero, esa antena se veía a kilómetros, y segundo, matar al soldado de transmisiones era esencial para evitar que pudiera pedir refuerzos. Pues ese imbécil era yo. —Pide una pausa—. En realidad, no del todo, ese tipo de radio estaba obsoleta por motivos más que obvios. Nosotros no cargamos con radios pesadas como mulas, nos metíamos en un vehículo lleno de botones, paneles y controles, con calefacción y nevera. Mercurio. ¿Se llamaba así? Creo que sí. Hicimos un mes de prácticas para controlarlo y al final no aprendí nada, me limité a tocar botones a lo loco y a fumar.

—Estuve diez años en el ejército. Teniente Domínguez, unidad de operaciones especiales —cuenta Toni, con cara de póker—. Fui enviado a Afganistán como apoyo para el regimiento estadounidense de...

—Después trabajé en una tienda de informática unos años —interrumpe Marc—. Era muy aburrido. Los clientes traían sus ordenadores para repararlos, supuestamente plagados de virus y errores, pero

en realidad no tenían nada. Les cobrábamos veinte euros por decir que se lo habíamos puesto a punto.

—¡Di la verdad, mentiroso de mierda! —se enfada Eli, dejando la pistola hecha un desastre sobre la mesa y hablando al objetivo de la cámara —Marc buscaba en las carpetas privadas de los clientes archivos piratas, me lo confesó. Todavía no existía el streaming, así que hurgabamos a la caza de películas, pero alguna vez encontró un regalito.

La acusación despierta una sonrisa pícaro en Marc.

—Encontré de todo —recalca orgulloso e inclinándose hacia la cámara—. No os hacéis una idea de lo pervertida que puede llegar a ser la gente en su intimidad; una pareja se disfrazaba de oso panda y otra llenaba la bañera de leche con cereales.

—¿Para qué llenar una bañera con cereales? —pregunta Eli—. ¿Qué clase de fantasía sexual es esa, follarte a un Chocapic?

—Ni idea —contesta Marc, encogiéndose de hombros—. Supongo que después de dos o tres asaltos necesitas comer, y con tantas vitaminas... los cereales no vienen nada mal. Aunque imagino que la leche con cereales, aliñados con fluido corporal, tendrá un sabor un poco agridulce.

Me parece que a Eli eso le produce asco. Creo ver una leve arcada.

—En aquella guerra vi morir a muchos de mis amigos —dice Toni, el teniente Domínguez—. Fue un horror y un trauma sentir...

Marc ignora a Toni y continúa.

—El vídeo que más recuerdo fue el de una señora de unos cincuenta años, remilgada y educada, y su hijo de veinticinco, prepotente y malhablado; al menos parecían ser madre e hijo cuando trajeron su ordenador. Resultaron ser amantes. Encontré un archivo de vídeo y al reproducirlo, él estaba en una habitación rosa llena de peluches, amarrado a una pared, con un gran corazón dibujado detrás, y con las extremidades extendidas. La señora, y admito que para tener cincuenta años tenía un cuerpo cuidado e interesante, se acercó a él con un uniforme... de oficial nazi. —Parece confuso—. No sé qué narices tenía que ver un cuarto tan moñas con un uniforme de oficial nazi, pero para gustos los colores. Ella tenía unas uñas postizas gigantes. Con una mano lo arañaba, mientras con la otra agitaba su salchicha con una práctica sorprendente. El tipo gritaba de alegría y no dejaba, una y otra

vez, como una fuente de eyac...

—¡Vale ya! —corta Eli, por suerte, dando una palmada en la nuca a Marc, que se queja como un niño pequeño recibiendo un escarmiento con la chancla de su abuela—. ¡Ha quedado claro! ¡Salta esta parte y acelera, que me toca hablar!

—Durante un asalto quedé solo, rodeado —explica Toni—. Los terroristas afganos no se percataron de mi presencia y pude escapar gracias a...

—¡Vale, vale! Ya he terminado —se disculpa Marc—. Te recuerdo que fuiste tú la que sacó el tema del robo de vídeos privados. Solo intentaba explicar que, quién menos te imaginas, puede tener una vida oculta, depravada o, en mi humilde opinión, interesante y divertida.

—Comí todo tipo de animales salvajes para sobrevivir —cuenta Toni y, cómo no, le ignoran—, serpientes, ratas...

—¡Cállate, Toni, que no paras de hablar! ¡Es mi turno! —indica Eli, tapando la boca de Toni para que se detenga—. Tengo cuarenta años también. Mi sueño siempre fue tener mi propio negocio, ser mi jefa. Ahorré muchos años y pude abrirlo en Lanzarote, de donde soy; bueno..., antes de la guerra al menos lo era. Abrí el herbolario con una zona para masajes. ¡Menuda alegría me dio cuando descubrimos que en este refugio había un área con plantas medicinales y camillas! Pero por lo visto el chef Salazar pretendía usarlo con otros... fines. Me pidió que le hiciera un masaje y yo acepté; al fin y al cabo había salvado mi vida. Mientras masajeara su espalda, noté cómo metió su mano en mi pantalón e intentó tocar mi... —Toma aire y aprieta los dientes—. ¡El muy cabrón! ¡Yo soy masajista, no prostituta! ¡Si tengo sexo con un hombre, desde luego no será durante un masaje, soy una profesional!

Marc levanta una mano mostrando los dedos, el corazón y el anular.

¿No estará insinuando que quiere hacerme algo raro con este gesto?! ¡Le lanzaré la cámara a la cabeza como se pase de la raya!

—Dos dientes —dice Marc. Bien, no era nada sexual—. Dos dientes le partió al pobre viejo con el puñetazo que le dio. ¡Menudos gritos salían del cuarto de masajes!

—Menos mal que llegaste a tiempo, porque me lo habría cargado —agradece Eli—. Aparte de los dientes, le rompí el tabique nasal, un

pómulo, tres dedos y una costilla. Cinco días de baja.

—Pobre hombre — comenta Marc.

—¿Pobre hombre? — pregunta Eli—. Te lo cargaste de un tiro en la cabeza a las pocas semanas.

—Se volvió muy inestable y lo hice para garantizar la seguridad de todos — comenta Marc—. Ahora puedes hacer masajes sin miedo a que aparezca él.

—Eso es verdad — dice Eli a cámara—. Adoro mi trabajo y aquí puedo hacer lo mismo que antes. ¿Y qué hay de mi vida personal? Estaba casada, pero si él sigue vivo no lo sabré jamás. El mundo quedó en silencio tras las explosiones, y no puedo coger un barco y llegar a Lanzarote yo sola, suponiendo que quede alguno a flote todavía. —Cede el turno—. Toni, te toca. No te interrumpiremos más, palabra.

—A ver si es verdad — solicita Toni—. Enfermé por culpa de...

Apago la cámara.